

CLÁSICOS EBRO

LAZARILLO
DE
TORMES



ZARAGOZA

BIBLIOTECA CLASICA EBRO

Tomos en 8.º, de 128 a 150 páginas, ilustradas y encuadrados con cubierta de cartulina en colores.

VOLUMENES PUBLICADOS

1. Tirso de Molina	El condenado por desconfiado	Teatro
2. Lope de Vega	Poesía lírica	Verso
3. Juan de Mariana	Historia de España	Prosa
4. Fray Luis de León	Poesía	Verso
5. J. Ruiz de Alarcón	La verdad sospechosa	Teatro
6. Don Juan Manuel	El Conde Lucanor	Prosa
7. Varios	Escritores de Indias. I.	Prosa
8. Los Manriques (Poetas)	Antología	Verso
9. Varios	Romances viejos	Verso
10. M. de Cervantes	Rinconete, La ilustre fregona	Prosa
11. Luis de Góngora	Poesía	Verso
12. Santillana y Mena	Poesía	Verso
13. Calderón de la Barca	La vida es sueño	Teatro
14. Guzmán y Pulgar	Generaciones y Claros varones	Prosa
15. Calderón de la Barca	Autos sacramentales. I.	Teatro
16. Guillén de Castro	Las mocedades del Cid	Teatro
17. B. Juan de Avila	Epistolario	Prosa
18. Juan de Valdés	Diálogo de la lengua	Prosa
19. Juan de la Encina	Plácida y Victoriano	Teatro
20-21. Varios (tomo doble)	Antol. de la poesía romántica	Verso
22. Arcipreste de Hita	Libro del Buen Amor	Verso
23. M. de Cervantes	Lic. Vidriera y Col. de los perros	Prosa
24. Anónimo	El lazarillo de Tormes	Prosa
25. Varios	Escritores de las Indias. II.	Prosa
26. Anónimo	El poema del Cid	Verso
27. Gonzalo de Berceo	Milagros de Nuestra Señora	Verso
28. Lope de Vega	El Caballero de Olmedo	Teatro
29. P. J. Feijoo	Discursos y Cartas	Prosa
30. A. de Moreto	El lindo Don Diego	Teatro
31. G. M. de Jovellanos	Obras selectas	Prosa
32. J. de Cadalso	Cartas marruecas	Prosa
33-34. Varios (tomo doble)	Poetas líricos del siglo XVIII	Verso
35. Santa Teresa de Jesús	Prosa escogida	Prosa
36. Garcilaso de la Vega	Poesía	Verso
37. Don Ramón de la Cruz	Sainetes	Teatro
38. José de Espronceda	Poesía	Verso
39. Leandro F. de Moratín	El sí de las niñas	Teatro
40. F. de Quevedo	La vida del Buscón	Prosa
41. Mira de Amescua	El esclavo del Demonio	Teatro
42. Lope de Vega	Los embustes de Celauro	Teatro
43. F. de Quevedo	Los sueños	Prosa
44. Tirso de Molina	Marta, la piadosa	Teatro
45. P. J. de Isla	Fray Gerundio de Campazas	Prosa
46. Alfonso X el Sabio	Crónica general de España	Prosa
47. G. A. Bécquer	Rimas y Leyendas	P. y V
48. M. de Cervantes	Persiles y Segismunda	Prosa
49. Calderón de la Barca	El Alcalde de Zalamea	Teatro
50. M. de Cervantes	La Gitanilla. La española inglesa	Prosa
51. M. Alemán	Guzmán de Alfarache	Prosa
52. Lope de Vega	Peribáñez y el Com. de Ocaña	Teatro
53. J. E. Hartzenbusch	Los amantes de Teruel	Teatro
54. L. Vélez de Guevara	Reinar después de morir	Teatro
55. F. de Rojas Zorrilla	Del Rey abajo, ninguno	Teatro
56-57. M. de Cervantes (t. doble)	Don Quijote de la Mancha	Prosa
58. A. de Moreto	El desdén con el desdén	Teatro



Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/bwb_P9-D/S-466

Derechos reservados
para todos los países

©

Copyright by
EDITORIAL EBRO, S. L.

1971

Impreso en España
Printed in Spain

OCTAVIO Y FÉLIZ, S. L. - ZARAGOZA

Depósito Legal: Z. 466 - 1971

BIBLIOTECA CLASICA EBRO

Dirigida por JOSE MANUEL BLECUA

ANONIMO

EL LAZARILLO
DE TORMES

LA VILA
DE LAZARILLO
DE TORMES.

Y de sus fortunas y aduersidades.



En Milan, Ad instancia de Antoño de Antoni
M. D. LXXXVII.

Portada, reducida, de la edición de Antonio de Antoni
(Milán, 1587)

BIBLIOTECA CLASICA EBRO

CLASICOS ESPAÑOLES

VIDA DEL LAZARILLO DE TORMES

Edición, estudio y notas

por

† ANGEL GONZALEZ PALENCIA

De las R. Academias Española y de la Historia,
Catedrático de la Universidad de Madrid

DECIMOSEPTIMA EDICION, ILUSTRADA



EDITORIAL EBRO, S. L.

FUNDADA EN 1938 POR D. TEODORO DE MIGUEL

ZARAGOZA - MADRID - BARCELONA - BUENOS AIRES



ESPAÑA ENTRE 1550 Y 1560

La política.—Estaba llegando el momento culminante del Imperio español. Carlos V había contenido la Reforma protestante y había vencido a los herejes rebeldes en Mühlberg en 1547. Sujetaba las ambiciones de Francia en San Quintín (1557); dirigía la política de varios Estados italianos, estando en buena relación con la República de Venecia y con el Papa. Después de haber detenido en Viena la invasión otomana por tierra, tenía a raya a los turcos en el Mediterráneo. Los extensos territorios de las Indias, descubiertos ya en su mayor extensión, se iban organizando política y administrativamente como colonias de la gran metrópoli, que ya había publicado las más famosas Leyes de Indias. España había llevado a Indias su sangre, que se mezclaba con la india, y su cultura: parroquias, municipios, cabildos, imprentas, libros, universidades, talleres para oficios, semillas para los labradores, ganadería; la vida del espíritu con la vida material.

Las ciencias.—La ciencia española iluminaba al mundo. En la Casa de Contratación de Indias se centralizaron los estudios de cosmografía, náutica, astronomía, cartografía y otros relacionados con la navegación. Martín Cortés, Alonso de Santa Cruz y Jerónimo Cortés habían trabajado sobre la teoría del magnetismo; las artes de navegar de los españoles servían de guía a los marineros de todo el mundo; se descubrían las teorías de las corrientes submarinas; se había dado la vuelta al mundo; se había anticipado España a las teorías de Ticho-Brahe y defendía en Salamanca el sistema de Copérnico cuando en el resto de Europa nadie se ocupaba de él:

Fernández de Oviedo daba a conocer científicamente las Indias, preparando el camino al P. Acosta, y en los libros de ambos hay que buscar los fundamentos esenciales de la Geografía física. Miguel Servet había descubierto la circulación de la sangre. En filosofía teníamos a Luis Vives; en política, a Vitoria, Soto y Castro; en teología, a Melchor Cano y Ginés de Sepúlveda; en sociología, al P. Las Casas.

El arte.—El arte español daba muestras esplendorosas en catedrales como las de Granada o Málaga; en palacios como el de Carlos V, en la Alhambra, o el glorioso Alcázar de Toledo, o el de Francisco de los Cobos, de Ubeda. Forment, Berruguete y Siloe habían construido sus más hermosos altares. Los plateros Arfe habían hecho la filigrana de la custodia de Toledo. Con el hierro habían trazado nuestros artistas rejas magníficas, como las de Granada, Burgos o Cuenca; con la seda habían tejido las telas que son hoy orgullo de nuestras iglesias y de los museos del mundo.

El idioma y la literatura.—La lengua española había llegado a su mayor apogeo, al ser órgano de expresión de un gran Imperio. Carlos I la había impuesto como lengua diplomática. Ante el Senado genovés comenzó un discurso con estas palabras: «Aunque pudiera hablaros en latín, toscano, francés y tudesco, he querido preferir la lengua castellana *porque me entiendan todos.*» Y durante mucho tiempo las gentes más cultas de las más poderosas naciones de Europa tuvieron a gala el hablar castellano. No es de extrañar que frente al criterio humanista de emplear solamente el latín en las obras científicas, se levantase la opinión de muchos que preferían el vulgar castellano, defendida por un Juan de Valdés o un Pérez de Oliva.

Y la lengua en que Garcilaso había cantado los sentidos lamentos de Salicio y Nemoroso, era la misma en que iban viendo la luz obras cada vez más hermosas, como los d'álogos de los hermanos Valdés, los madrigales de Cetina, las comedias de Torres Naharro o de Diego Sánchez de Badajoz, las novelas de Montemayor, las sátiras de Castillejo o de Villalobos, las fantasías de Guevara, las historias de Ocampo, las meditaciones de Juan de

Avila, las oraciones de fray Luis de Granada, los consejos políticos de Palacios Rubios, las elucubraciones científicas de Monardes, Mexía, Laguna, Pérez de Oliva; los viajes de Villalón o Pedro de Medina.

En tal clima político y espiritual iba a nacer un librito de ameno entretenimiento, cuya proliferación había de enriquecer notablemente la literatura patria.





PUBLICACION Y EDICIONES DEL LAZARILLO

En el año 1554 aparecieron tres ediciones de una obrilla anónima, que llevaba el título de *Vida de Lazarillo de Tormes y de sus fortunas y adversidades*. Una de ellas, que llamaremos A), era del impresor Juan de Junta, en Burgos; otra, la B), era del impresor flamenco Martín Nucio, en Amberes, reproducción de la de Burgos, y la otra, la C), se debió a Salcedo, en Alcalá de Henares, el 23 de febrero: ésta lleva algunas adiciones interpoladas, obra de diferente autor, y dice, acaso para despistar respecto a la copia y plagio, que es «nuevamente impresa, corregida y de nuevo añadida en esta segunda impresión». Pero lo cierto es que una edición de 1553, que se menciona por algún bibliógrafo, no la ha visto nadie. La de Burgos, A), es considerada hoy por todos los críticos como la *princeps*.

Cinco años más tarde de su aparición está incluida la *Vida del Lazarillo* en el *Catalogus librorum qui prohibentur* (Valladolid, 1559), publicado por orden del inquisidor general Valdés; mas el libro seguía leyéndose, a pesar de la prohibición, y sus ejemplares venían del extranjero. Entonces Felipe II mandó al cosmógrafo Juan López de Velasco enmendar el *Lazarillo*, así como también la *Propalladia*, de Bartolomé Torres Naharro, y las *Poesías* de Cristóbal de Castillejo. Velasco suprimió los capítulos del buldero y del fraile de la Merced, más algunas frases irreverentes, y en Madrid, 1573, apareció el *Lazarillo castigado*, en el mismo volumen que la *Propalladia*. De esta forma expurgado siguió imprimiéndose en el siglo XVI: ediciones de Tarragona, 1586; Zaragoza, 1699; Medina del Campo y Valladolid, 1603. Así continuó dándose a luz hasta muy entrado el siglo XIX, mientras que las ediciones extranjeras daban siempre el texto íntegro.

El hispanista francés monsieur R. Foulché-Delbosc, en 1900, imprimió el texto que llama «Restitución de la edición príncipe»,

utilizando las tres ediciones de 1554 y sacando «la lección de la mayoría, salvo en los contados casos donde el texto de una edición sola nos parece corregir una errata del prototipo». El conocido erudito español don Julio Cejador y Frauca dio en 1914, en la colección «Clásicos Castellanos», de *La Lectura*, una edición que reproduce fundamentalmente la de Burgos, 1552, añadiéndole los pasajes que aumenta la de Alcalá, conservando enteramente la ortografía de la edición original, pero modernizando la puntuación y la acentuación. Don Adolfo Bonilla y San Martín editó en la linda colección de los hermanos Ruiz, Madrid, 1915, otra vez el *Lazarillo*, con vista de la primera edición. Hay otras varias ediciones, a más de las citadas, muchas de las cuales aparecen en las bibliografías y catálogos bajo el nombre de don Diego Hurtado de Mendoza.

¿QUIEN ES EL AUTOR DE LA VIDA DEL LAZARILLO?

Ya hemos dicho que todas las ediciones primeras lo dan como anónimo; otro tanto hizo el corrector y expurgador Juan López de Velasco. La primera vez que se habla, aunque vagamente, de autor determinado, es en la *Historia de la Orden de San Jerónimo*, 1635, por el castizo prosista fray José de Sigüenza. Al hablar de fray Juan de Ortega, general que fue de la Orden, recogía el rumor de que *se decía* que en su juventud, cuando era estudiante en Salamanca, como tuviera agudo ingenio, había escrito este libro, cuyo borrador autógrafo se encontró en su celda.

La primera atribución a don Diego Hurtado de Mendoza la hizo el flamenco Valerio Taxandro, en su *Catalogus clarorum Hispaniae scriptorum*, Mayence, 1607. Andrés Scoto consigna que *se decía* que don Diego, siendo estudiante de Derecho en Salamanca, había escrito el *Lazarillo*. Tomás Tamayo de Vargas, en su *Junta de libros la mayor que España ha visto* (ms. de la Biblioteca Nacional, en Madrid), repite la atribución a Mendoza. El patriarca de nuestra bibliografía, Nicolás Antonio, en su célebre *Bibliotheca Hispana Nova*, consigna las dos atribuciones (a Mendoza y a Ortega), sin razonarlas ni mostrar preferencia por ninguna; pero el hecho de indicar en primer lugar la relativa a don Diego, dada la autoridad de Nicolás Antonio, bastó para que desde su tiempo hasta la segunda mitad del siglo XIX se haya tenido como autor al eminente escritor renacentista.

La crítica moderna se ha pronunciado contra la atribución a don Diego. Se fundan los eruditos historiadores de la literatura que han estudiado el caso, en el silencio de los contemporáneos del famoso embajador de Venecia: ni Juan Díaz Hidalgo, primer editor de las *Poesías* de Mendoza, en Madrid, 1610, ni don Ba'tasar de Zúñiga, en la biografía de Hurtado de Mendoza inserta al frente de la primera edición de *La guerra de los moriscos de Granada*, Lisboa, 1627, dicen una sola palabra respecto a que Mendoza fuese el autor del *Lazarillo*, libro tan popular y conocido. Añaden los críticos «la consideración de que el *Lazarillo* debió de ser compuesto por quien fuese muy conocedor de las desdichas de la gente humilde, circunstancia poco probable en qu'en llevaba el ilustre apellido de Mendoza; además, el *Lazarillo*, obra de tintes amargos evidentes, y que revela gran experiencia de la vida, no es fácil, ni mucho menos, que fuese obra de un joven estudiante, como se supone era don Diego, caso de haberlo escrito cuando frecuentaba las aulas: por estas consideraciones, Morel-Fatio, ilustrador de esta cuestión, se decide a considerar el *Lazarillo* como obra anónima». (Hurtado y Palencia, *Historia de la Literatura española*, 4.^a edición. Madrid, 1940, pág. 376.)

Sobre la atribución a fray Juan de Ortega no han insistido los modernos historiadores de la literatura. En cambio, ha surgido otro candidato a la paternidad del *Lazarillo*: el licenciado Sebastián de Horozco, escritor toledano, padre del conocidísimo don Sebastián Covarrubias y Orozco, autor del *Tesoro de la Lengua castellana o española*, Madrid, 1611, primer diccionario de nuestro idioma, hecho con criterio científico y con gran erudición.

Don José María Asensio, en 1874, en la colección de *Bibliófilos andaluces*, reprodujo la *Representación de la Historia evangélica del capítulo nono de Sant Joan*, de fecha desconocida, en la cual se ve a un ciego acompañado de *Lazarillo*, su servidor. El ciego acusa a su criado de excederse en la comida y *Lazarillo* se lamenta, por el contrario, de que el amo lo mata de hambre. Hay un episodio en que el ciego choca contra un poste, como en la novela:

LAZARILLO. ¡Sus!, vamos nuestro camino.

— CIEGO. Aguija, vamos aína.

¡Ay, que me he dado, mezquino!

LAZARILLO. Pues que olistes el tocino,

¿cómo no olistes la esquina?

Recuerdo evidente del pasaje del *Lazarillo* en que el ciego descubre por el olor que su criado le ha escamoteado la longaniza, y de aquel otro en que el ciego se estrella contra la esquina, aviesamente guiado por su lazarillo.

Asensio, al ver la analogía evidente entre el pasaje de la *Representación* y el de la novela picaresca, insinuó la hipótesis de que Horozco pudiera ser el autor del *Lazarillo*. Esta hipótesis la renovó Cejador en su edición anotada de la famosa novela, hecha en 1914, y la reforzó con muchos argumentos: «Observa en el *Lazarillo* y en Horozco descuidos en la prosa, espíritu satírico análogo, tipos parecidos (ciegos, bulderos, frailes de la Merced, frailes callejeros, pregoneros, mozos de espuelas, almuerzos a orillas del Tajo, etc.), y algunas voces y frases comunes a ambos y no muy corrientes entonces. Esta hipótesis parecía bastante verosímil a Bonilla.» (Hurtado y Palencia, ob. cit., pág. 377.)

Los argumentos de Cejador flaquean un poco por no estar fechada la *Representación*. Su autor, Horozco, vivió desde los alrededores de 1510 hasta 1580, es decir, que pudo conocer el *Lazarillo*, y haber esta obra servido de base a su episodio dramático. Y lo mismo puede decirse de los tipos y de las frases y las palabras: en cuanto al léxico, el *Lazarillo* pudo ser escrito por cualquier español letrado del siglo XVI, por ejemplo, el mismo don Diego de Mendoza.

¿PUDO SER DON DIEGO DE MENDOZA EL AUTOR DE LA *VIDA DEL LAZARILLO*?

Después de publicada la tercera edición de nuestra *Historia de la Literatura española* (1932), se ha hecho gran luz acerca de la personalidad de Mendoza. La Real Academia Española galardonó en 1936 con el premio Conde de Cartagena un estudio biográfico y crítico acerca del gran escritor don Diego Hurtado de Mendoza, obra de Eugenio Mele y A. González Palencia, libro que estaba en curso de publicación en Madrid al estallar el Movimiento Nacional. No habíamos podido aclarar el oscuro punto de la paternidad del *Lazarillo*; pero sí se puede ya seguir con cierta seguridad los pasos de don Diego en su vida apasionada por las letras y por las ciencias. Y de los nuevos datos puede deducirse que no es improbable que don Diego escribiera el *Lazarillo*.

El silencio de sus contemporáneos es realmente desconcertante; pero téngase en cuenta que en los días de publicación del *Lazarillo* (1554), don Diego estaba en desgracia del emperador por la pérdida del Castillo de Siena. Había vuelto a España y andaba ocupado en las diligencias para cruzarse como caballero de Alcántara, ya que el César le había dado la encomienda de Casas de Badajoz en compensación de sus servicios como embajador, después de una conversación desabrida entre ambos.

Que el *Lazarillo* se publicase anónimo es perfectamente explicable, por la idea que en los medios cultos renacentistas se tenía del menos valer de las lenguas vernáculas para las elucubraciones literarias y científicas. El hecho de que fuera en seguida incluido en el *Índice*, obligaría al autor a guardar circunspección, y si el autor era don Diego, no querría en 1559 aumentar la irritación de don Felipe II, que le seguía un proceso por las cuentas de Siena, con el escándalo de andar con libros prohibidos.

El silencio de los biógrafos no dice nada. Porque la biografía de Mendoza, escrita por don Baltasar de Zúñiga y publicada al frente de la edición de *La guerra de los moriscos de Granada*, Lisboa, 1627, es inexacta y deficientísima (y ésa fue la que siguieron repitiendo casi hasta nuestros días los que de don Diego hab'aron). El editor de las *Poesías*, Madrid, 1610, Juan Díaz Hidalgo, para nada habla de la vida de Mendoza.

La alusión que al final de la *Vida del Lazarillo* se hace a las Cortes de Toledo, probabilísimamente las de 1538, casa perfectamente con la estancia de Mendoza en la Imperial Ciudad en este año. «Don Diego —decimos Mele y Palencia en la citada biografía en publicación— debió de volver [desde Flandes, después de su primera embajada en Inglaterra] a la corte del emperador a fines de año, ya que recibía en Toledo sus instrucciones para ir a desempeñar la embajada de Venecia en Abril de 1539.»

El argumento contra la atribución del *Lazarillo* a don Diego, basado en que esta obra muestra conocer bien las costumbres y la vida de la gente humilde, no concluye. Porque don Diego, y cualquier noble de su tiempo, conocía muy bien la vida aquella, tanto en los centros universitarios como en sus propias caballerizas y entre sus mismos criados y pajes. Los tipos y caracteres delineados en la novelita estaban a la vista de cualquier persona que supiera obser-

var. Muchos episodios se basan —como después indicaré— en temas literarios, cuentos y chascarrillos corrientes, a los que Mendoza era muy aficionado, y hasta de una colección suya, de bastante lozanía, habla la correspondencia con Zurita, al final de la vida del grave embajador en Trento. La habilidad consistía en fundir los elementos literarios, a disposición de cualquiera, con los tipos reales que sirvieran de modelo; y para eso se necesitaba el ingenio y la agudeza de que Mendoza da muestras a través de todos los escritos de su mano, en especial en varios centenares de cartas íntimas, por nosotros exhumadas. Cuando se lean las cartas que don Diego escribió al comendador mayor de León don Francisco de los Cobos, secretario de Carlos I (por citar sólo una colección del mayor interés), se podrá ver paladinamente que no es un absurdo la afirmación del bibliógrafo flamenco Valerio Taxandro.

En cambio, hay un pasaje en el *Lazarillo* que exige en su autor un nada fácil conocimiento de la sociedad alta de su tiempo. Es aquel en que el escudero pobre de Toledo se lamenta de su escasa suerte para encontrar amo de título, a quien serviría bien. El conocimiento que allí muestra el autor de la vida en las casas de los nobles y de las artimañas de los escuderos para tener contentos y llevar el aire a sus amos, no lo puede haber aprendido sólo en los libros como el *Diálogo y discurso de la vida de Corte*, de Cristóbal de Castillejo, o semejantes, sino que ha debido tener presentes escenas vividas en las antesalas de los poderosos y ha tenido que recordar debilidades de los grandes hombres, que tanto gustan en todos los tiempos de saber los pequeños chismes de las gentes que les rodean.

El capítulo final del *Lazarillo*, la seriedad con que el autor relata la interesada protección del Arcipreste a Lázaro, pregonero, tiene toda la marca de la socarronería de don Diego, que se ve en alguna de esas cartas íntimas a que antes aludimos.

Por otra parte, el estilo de la *Vida de Lazarillo* es de un cultista renacentista, muy aficionado al latín y en él amamantado, cualidad que no podrá negarse a don Diego.

En otra ocasión, cuando vuelva a poder disponer de materiales ahora en secuestro, ahondaré en busca de la solución de este curioso punto de nuestra historia literaria. Baste aquí lo dicho para insinuar la probabilidad de la tesis tradicional, que atribuye a don Diego Hurtado de Mendoza la paternidad de la *Vida del Lazarillo de Tormes*.

SIGNIFICACION, FUENTES Y ESTRUCTURA DEL LAZARILLO

La composición del *Lazarillo* debe situarse un poco después del año 1538, ya que se a'ude al final de la obra a unas Cortes celebradas en Toledo con asistencia del emperador, y debe referirse a las de 1538, ya que las otras de 1525 parece que sería retrasar mucho la fecha de la obra.

El *Lazarillo* inició un nuevo género literario en España: la novela picaresca. Acaso haya que explicar la aparición de esta clase de novelas como una reacción contra el artificio de la nove'a caballeresca, siempre apartada de las realidades de la vida, y de la novela pastoril, empeñada en pintar a los hombres con unos tintes ideales, bien lejanos de los que en realidad suelen tener. La tendencia al realismo, fundamental en todas las manifestaciones del arte español, se había desviado desde las páginas de *La Celestina* hasta dar en los tipos falsos e inverosímiles de la caballería andante y los alimbarados cortesanos que, disfrazados de pastores, alentaban en la *Diana* y su innumerable cortejo. Frente a estos tipos convencionales, el genio de nuestro arte no podía menos de crear otros que arrancaran de la vida misma, entre las gentes conocidas de todo español. Y así como frente a las idealizadas imágenes de los pintores que habían aprendido en los talleres de Italia, nuestros imagineros reproducían los recios tipos castellanos o aragoneses, verdaderos retratos; así al lado de los pastores derivados de Salicio, Nemoroso o Filis, surgieron los mendigos ciegos, los hidalgos de gotera, los alguaciles o los pregoneros que pululaban en la vida social, dándole tan especial matiz.

Es curioso anotar la fuerza de asimilación que nuestros escritores, en este caso concreto el autor del *Lazarillo*, pusieron al tratar temas conocidos en la literatura y el folklore, y cómo supieron infundirles una marca artística original. Porque claro está que el *Lazarillo* tiene ciertas fuentes literarias, descubiertas por el análisis. Así el hombre y el tipo de Lázaro, o sea mozalbete que sirve de guía a un ciego, era ya tradicional, según se deduce de cierto paraje de *La Lozana Andaluza* (1528), por Francisco Delicado; y el popularísimo Juan de Timoneda, dramaturgo, coleccionador de romances e impresor, ya cita en *Los Menemnos* (1559) a «Lazarillo de Tormes, que tuvo trescientos cincuenta amos».

Así el episodio del ciego, que ya corría por las farsas francesas de la Edad Media, derivado de un cuento popular, según observó Morel-Fatio en 1888; y hoy podemos leer el «juego» del siglo XIII *Le garçon et l'aveugle*, editado por Mario Roques en París, 1912. farsa teatral, rudimentaria, de las trapacerías y burlas que un criado hace a su amo mendigo ciego. Otro tanto ocurre con la ingeniosa manera que Lázaro tiene para burlar las precauciones del ciego respecto del vino, haciendo un agujerito en la calabaza que guardaba el preciado líquido: en un manuscrito del siglo XIV, del Museo Británico, que contiene las *Decretales* de Gregorio IX, hay un dibujo que representa gráficamente la misma burla.

El episodio del buldero y del alguacil, que refleja los cuencillos anticlericales de tradición medieval, y que motivó seguramente el expurgo de la novelita, está tomado de la novela cuarta del *Novellino*, de Masuccio Salernitano.

La desastrosa muerte del ciego, estrellado contra un poste por la mediación de Lázaro, es cuento tradicional en Andalucía, recogido por Fernán Caballero en sus *Cuentos y poesías populares andaluzas*, Sevilla, 1859, pág. 176, y utilizado por Sebastián de Horozco (si es que no conoció el *Lazarillo*); hasta el punto de haber dado lugar a la frase hecha «oler el poste», que Correas traduce por «barruntar el daño y evitarlo con disimulo».

El bufo pasaje del episodio del escudero toledano, cuando Lázaro oye las lamentaciones de una viuda en el entierro de su marido, y corre a avisar a su amo que les llevan un muerto a casa, figura esbozado en el curioso *Liber facetiarum et similitudinum Ludovici de Pinedo, et amicorum* con sólo estas palabras: «Quaedam femina deplorabat virum suum dicens: ¿Dónde os llevan, señor amigo mío: a la casa oscura, casa triste, casa sola, casa sin axuar, casa honda?» «Amigo —respondió otro—, corre, cierra mi casa, cuerpo de tal, que allá me llevan», y no es otra cosa que un reflejo de cierto pasaje de Job, repetido en las lecciones del Oficio de Difuntos: «Antequam vadam et non revertar ad terram tenebrosam et opertam mortis caligne, terram miseriae et tenebrarum, unde nullus ordo sed sempiternus horror inhabitat.»

El *Lazarillo* tiene mucho de novela satírica y de costumbres en los diversos cuadros sociales, apenas ligados entre sí como no sea por la unidad que les da el protagonista, cuyo carácter, sentimientos y aventuras interesan profundamente al lector, así como las flaquezas de la sociedad en ella reflejadas. No pueden olvidarse, al leer

esta obra, las sátiras anteriores de carácter social y colectivo, como las *Danzas de la Muerte* y los lucianescos *Diálogos* de los Valdés, Villalón, etc.

Por su forma, la *Vida del Lazarillo* es de estilo «conciso y sobrio, nervioso y rápido, y abundan en él las frases cortadas y las antítesis» (Hurtado). Son mejores los tres primeros tratados (Lázaro con el ciego, con el clérigo de Maqueda y con el hidalgo) que los cuatro últimos (Lázaro con el fraile de la Merced, con el buldero, con el capellán y con el alguacil), que acaso no fueron terminados y sólo se conservan en forma de esbozos iniciales. La novela acaba, hacen notar Hurtado y Palencia, «con un rasgo de terrible humorismo: la declaración de Lázaro de encontrarse en la «cumbre de toda buena fortuna» con la protección *sui generis* del Arcipreste».

LA PICARESCA

Si oscuro es el punto referente al autor de la *Vida del Lazarillo*, primer ejemplar del género llamado picaresco, no es más claro el que se refiere a sus precedentes literarios. Aparece aquí el género de pronto, sin ninguna obra de su carácter en embrión a la cual poder referirse. Porque está todavía por estudiar en detalle la influencia que las célebres *Maqamat*, del Harirí, hayan podido tener en la concepción del tipo del pícaro. Don Marcelino Menéndez y Pelayo, en su monumental obra sobre los *Orígenes de la Novela*, vol. I, hizo notar el parecido que el héroe de las *Maqamat*, el bribón Abu Zayd de Saruch, tiene con los héroes de la picaresca española. Este parecido se ve todavía más patente en el estudio que acerca de este tipo, Abu Zayd, ha hecho recientemente un joven doctorando argelino, al recoger todos los rasgos esparcidos en las distintas sesiones del Harirí para formar el retrato del personaje central. No cabe duda al lector de que aquello es picaresco; pero no se puede señalar hoy todavía el medio posible de contacto de la obra árabe con el autor renacentista español, ni debe olvidarse que las *Maqamat* son literariamente contrarias a la picaresca, es decir, que recogen la parte más preciosista de la lengua árabe, los juegos de palabras, las dificultades métricas: se escribieron para los excelsos literatos y gramáticos, y no para el vulgo, como las biografías de nuestros pícaros.

Elementos picarescos sueltos no faltan en la literatura española anterior. Por ejemplo, en algunos pasajes del *Libro de Buen Amor*,

del Arcipreste de Hita, y, sobre todo, en la *Tragicomedia de Calisto y Melibea*, de Fernando de Rojas, y en sus derivaciones e imitaciones, sobre todo teatrales. Pero la forma del *Lazarillo* es original, y marca por eso el arranque de todo un género literario.

EL PICARO

El *pícaro* fue el nombre que el pueblo dio, a partir de la segunda mitad del siglo XVI, a los héroes de esta clase de novelas, sobre todo desde que Mateo Alemán incluyó la palabra en el título de su famoso *Guzmán de Alfarache*. Y todavía no se sabe ni el origen ni la etimología de *pícaro*. El *Diccionario de la Real Academia Española* (1939) lo define así: «Tipo de persona descarada, traviesa, bufona, y de mal vivir, que figura en obras magistrales de la Literatura española.» La Academia cree que la palabra pueda proceder, «tal vez, de *pícar*», y este verbo, de *pico*, que en acepción figurada y familiar significa «facundia, expedición y facilidad en el decir», cualidad característica del *pícaro*. El erudito profesor Nykl, siguiendo a Covarrubias, afirma que viene de la palabra *picardo*, habitante de Picardía, región francesa, «sucio, roto y viejo», como verían los españoles a los picardos que intervinieron en las guerras de Carlos I; y entiende que la palabra aparecería en castellano entre los años 1520 y 1548.

La novela picaresca tiene siempre forma *autobiográfica*, es decir, el pícaro cuenta su propia vida. Los caracteres generales de este tipo literario del *pícaro* los resumen así Hurtado y Palencia en la *Historia de la Literatura* citada, pág. 379: «El *pícaro*, sin ser criminal verdaderamente, pertenece al hampa; tiene pocos o ningunos escrúpulos, particularmente en procurarse medios de mantenimiento; a pesar de ello, en ocasiones gusta de exponer máximas y sentencias morales; sus sentimientos de humanidad son manifiestos; es buen creyente, aunque pecador; no está habituado en modo alguno al trabajo regular y constante, sino que es perezoso y holgazán; su ocupación ordinaria y normal es la de servir a otro; el hurto es frecuente en él, pero no el robo; es astuto, ingenioso e imprevisor; participa de las preocupaciones de su tiempo; es expresión de no pocos caracteres de la sociedad española en los siglos XVI y XVII; a pesar de sus defectos, resulta simpático.»

SUERTE DEL LAZARILLO

Al año siguiente de su aparición se publicó ya por Martín Nucio (Ámberes, 1555) una segunda parte, anónima, de la interesante novela. Empieza repitiendo precisamente las palabras con que acaba la primera parte, y trata luego de la amistad de Lázaro con unos tudescos en Toledo. Embarca en Cartagena para la guerra de Argel, naufraga y se transforma en atún, viviendo como tal en el mundo de los atunes, hasta llegar a ser favorito del rey de ellos. Y cuando iba con ellos a desovar, fue pescado en las redes y volvió a ser hombre, que se tornó a Salamanca. Sólo el capítulo primero tiene algo del espíritu y del estilo del modelo original, y sirve para ilustrar el episodio de la prosperidad de Lázaro.

Otra segunda parte del *Lazarillo* dio a luz en París, 1620, un I. de Luna o H. de Luna (Juan de Luna). Era literariamente superior a la otra continuación, aunque no se pudiese comparar en modo alguno con el original. En el aspecto satírico, recarga las tintas anticlericales y abundan las desenvolturas contra clérigos, inquisidores, frailes y ermitaños, y fustiga las costumbres de la épica. Luna remozó el lenguaje del *Lazarillo* original. Era el tal intérprete y maestro de lengua española en París, autor de unos *Diálogos familiares* para aprender las lenguas castellana y francesa, París, 1619; ingenioso a ratos, no puede ser considerado como verdadero hombre de letras.

Otras imitaciones de la famosa novelita pueden citarse. Luis de Pinedo, en su citado *Liber facetiarum et similitudinum*, recogió un capítulo en que una mujer refiere los episodios ocurridos a Lázaro en un convento de monjas, narración de estilo mediano y de escaso valor literario. Se inspiran en la *Vida del Lazarillo* algunas obras españolas y extranjeras. *El Lazarillo de Manzanares* (1620), por Juan Cortés de Tolosa; las *Aventuras del bachiller Trapaza* (1637), de Alonso del Castillo y Solórzano, y la comedia *De spaensche Brabander Yerolimo*, del holandés Bredero, muerto en 1617.

Claro que no es preciso señalar el influjo que la obra del anónimo escritor que creó a *Lazarillo* ejerció en el desarrollo de este género literario. Tanto el *Pícaro Guzmán de Alfarache*, de Mateo Alemán; como *La pícara Justina*; el *Rinconete*, de Cervantes; el *Marcos de Obregón*, de Espinel; el *Buscón*, de Quevedo; y diversas obras de Jerónimo de Alcalá, o Salas Barbadillo, o Castillo y Solórzano, o Céspedes y Meneses, o Enríquez Gómez, hasta el

anónimo *Estebanillo González*, de mediados del siglo XVII, o el mejicano *Periquillo Sarmiento*, de José Fernández de Lizardi (1816), son muestras espléndidas de aquella gran floración novelesca que se inició en 1554 con la aparición de la saladísima *Vida del Lazarillo de Tormes, de sus fortunas y adversidades*.

NUESTRA EDICION

Se basa en la *princeps* de Burgos, 1554, modernizando la ortografía, salvo en aquellos casos que tiene un valor fonético diferente del actual.

Anotamos solamente aquellas palabras o giros que en la actualidad no se usan en el sentido del siglo XVI.





BIBLIOGRAFIA

Ediciones del *Lazarillo* citadas en las páginas 9 y 10 de introducción, con los estudios preliminares respectivos. Está en la Biblioteca de Autores españoles, de Rivadeneyra, vol. III.

J. Hurtado y A. G. Falencia, *Historia de la Literatura española*, 4.^a ed., Madrid, 1940, págs. 375-380.

A. Morel-Fatio, *Etudes sur l'Espagne*, 1.^{re} serie, 2.^a edic., París, 1895, pág. 109.

R. Foulché-Delbosc, *Remarques sur Lazarillo de Tormes*, en «*Revue Hispanique*», 1900, VII, 81.

Le garçon et l'aveugle: jeu du XIII^e siècle, ed. M. Roques, París, 1912.

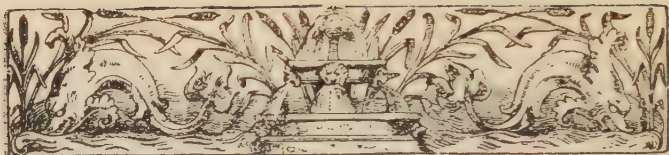
F. de Haan, *An Outline of the History of the Novela Picaresca in Spain*, New York, 1903.

J. D. M. Ford, *Possible foreign sources of the Spanish Novel of Roguery*, 1913.

F. W. Chandler, *La novela picaresca en España*, trad. de Martín Robles, Madrid, 1913.

Mireya Suárez, *La novela picaresca y el pícaro en la Literatura española*, Madrid, 1928.

A. R. Nykl, *Pícaro*, en «*Revue Hispanique*», 1929, LXXVII, 172.



LA VIDA
DE
LAZARILLO DE TORMES
Y DE SUS FORTUNAS Y ADVERSIDADES

PRÓLOGO

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas, vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade y, a los que no ahondaren tanto, los deleite. E a este propósito dice Plinio ¹ que no ay libro, por malo que sea, que no tenga alguna cosa buena; mayormente que los gustos no son todos unos; mas lo que uno no come, otro se pierde por ello. Y así vemos cosas tenidas en poco de algunos, que de otros no lo son. Y esto, para que ninguna cosa se debería romper ni echar a mal, si muy detestable no fuese, sino que a todos se comunicase, mayormente siendo sin perjuicio y pudiendo sacar della algún fruto.

¹ Plinio *el Viejo* solía decir: «Nilum esse librum tam malum ut non aliqua parte prodesset». *Plinio el Joven*, p. 5, lín. 3. Cfr. *Quijote*, II, 3.)

Porque, si así no fuese, muy pocos escribirían para uno solo, pues no se hace sin trabajo, y quieren, ya que lo pasan, ser recompensados, no con dineros, mas con que vean y lean sus obras y, si ay de qué, se las alaben. Y a este propósito dice Tulio ²: «La honra cría las artes».

¿Quién piensa que el soldado, que es primero del escala, tiene más aborrecido el vivir? No por cierto; mas el deseo de alabanza le hace ponerse al peligro; y así, en las artes y letras es lo mismo. Predica muy bien el presentado ³ y es hombre que desea mucho el provecho de las ánimas; mas pregunten a su merced si le pesa cuando le dicen: «¡O, qué maravillosamente lo ha hecho vuestra reverencia!» Justó muy ruinmente el señor don fulano e dio el sayete ⁴ de armas al truhán ⁵, porque le loaba de aber llevado muy buenas lanzas: ¿qué hiciera si fuera verdad?

E todo va desta manera: que confesando yo no ser más sancto que mis vecinos, desta nonada, que en este grosero estilo escribo, no me pesará que ayan parte y se huelguen con ello todos los que en ella algún gusto hallaren, y vean que vive un hombre con tantas fortunas, peligros y adversidades.

Suplico a vuestra M. ⁶ reciba el pobre servicio de mano de quien lo hiciera más rico, si su poder y deseo se con-

2 Cicerón, *Tusculanas*, I, 2: «Honos alit artes, omnesque incenduntur ad studia gloria».

3 Teólogo en espera de recibir el grado de Maestro.

4 Diminutivo de «sayo»; especie de jubón que llevaban los caballeros debajo de la armadura y que sobresalía como sayuela.

5 El qué emplea «trufas», mentiras.

6 Vuestra merced, supuesta persona a la que se endereza la autobiografía de Lázaro.

formaran. Y pues V. M. escribe se le escriba y relate el caso muy por extenso, parescióme no tomalle por el medio, sino del principio, porque se tenga entera noticia de mi persona. Y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto.





TRATADO PRIMERO

CUENTA LAZARO SU VIDA Y CUYO HIJO FUE

Pues sepa V. M., ante todas cosas, que a mí llaman Lázaro de Tormes, hijo de Thomé Gonzales y de Antona Pérez, naturales de Tejares, aldea de Salamanca⁷. Mi nacimiento fue dentro del río Tormes, por la cual causa tomé el sobrenombre, y fue desta manera. Mi padre, que Dios perdone, tenía cargo de proveer una molienda de una hazeña, que está ribera de aquel río, en la cual fue molinero más de quince años. Y estando mi madre una noche en la hazeña, preñada de mí, tomóle el parto y parióme allí. De manera que con verdad me puedo decir nascido en el río.

Pues siendo yo niño de ocho años, achacaron a mi padre ciertas sangrías⁸ mal hechas en los costales de los que allí a moler venían. por lo cual fue preso y confesó e no negó⁹ y padesció persecución por justicia¹⁰. Espero en

7 Barrio de la ciudad, río arriba, antes villa de Tejares, jurisdicción de Salamanca. En 1626 todavía se citan *aceñas* del colegio de San Bartolomé, perjudicadas por una crecida el Tormes. (Villar y Macías, *Historia de Salamanea*, 6, 111.)

8 Robos en los sacos, hechos como si les pincharan.

9 *Evangelió de San Juan*, I, 201.

10 Sermón de la Montaña, *Evangelió de San Mateo*, V, 1-48.

Dios que está en la gloria, pues el Evangelio los llama bienaventurados. En este tiempo se hizo cierta armada ¹¹ contra moros, entre los cuales fue mi padre, que a la sazón estaba desterrado por el desastre ya dicho, con cargo de acemilero de un caballero que allá fue. Y con su señor, como leal criado, fenesció su vida.

Mi viuda madre, como sin marido y sin abrigo se viese, determinó arrimarse a los buenos por ser uno de ellos ¹² y vino a vivir a la ciudad e alquiló una casilla y metióse a guisar de comer a ciertos estudiantes e lavaba la ropa a ciertos mozos de caballos del Comendador de la Magdalena ¹³, de manera que fue frecuentando las caballerizas.

Ella y un hombre moreno ¹⁴, de aquellos que las bestias curaban, vinieron en conocimiento. Este algunas veces se venía a nuestra casa y se iba a la mañana. Otras veces de día llegaba a la puerta en achaque de comprar huevos y entrábase en casa. Yo, al principio de su entrada, pesábame con él e habíale miedo, viendo el color y mal gesto que tenía; mas, de que vi ¹⁵ que con su venida mejoraba el comer, fuile queriendo bien, porque siempre traía pan, pedazos de carne y en el invierno leños, a que nos calentábamos.

De manera que, continuando la posada y conversación, mi madre vino a darme un negrito muy bonito, el cual yo brincaba e ayudaba a calentar.

¹¹ Ejército de tierra o de mar.

¹² Refrán.

¹³ Iglesia de Salamanca, de la Orden de Alcántara. Comendador era el administrador de ciertos bienes o fincas de la Orden, que se llamaba *encomienda*.

¹⁴ Eufemismo usual, por «negro».

¹⁵ «Cuando vi».

Y acuérdome que, estando el negro de mi padraastro trebejando ¹⁶ con el mozuelo, como el niño vía ¹⁷ a mi madre e a mí blancos y a él no, huía dél, con miedo para mi madre y, señalando con el dedo, decía: «¡Madre, coco!»

Respondió él riendo: «¡Hideputa!»

Yo, aunque bien mochacho, noté aquella palabra de mi hermanico e dije entre mí: ¡Cuántos debe de haber en el mundo que huyen de otros, porque no se veen a sí mesmos!

Quiso nuestra fortuna que la conversación del Zaide ¹⁸, que así se llamaba, llegó a oídos del mayordomo y, hecha pesquisa, hallóse que la mitad por medio de la cebada, que para las bestias le daban, hurtaba, y salvados, leña, almohazas ¹⁹, mandiles y las mantas y sábanas de los caballos hacía perdidas; y cuando otra cosa no tenía, las bestias desherraba, y con todo esto acudía a mi madre para criar a mi hermanico. No nos maravillemos de un clérigo ni fraile, porque el uno hurta de los pobres y el otro de casa para sus devotas y para ayuda de otro tanto, cuando a un pobre esclavo el amor le animaba a esto.

Y probósele cuanto digo y aun más. Porque a mí con amenazas me preguntaban, e como niño, respondía e descubría cuanto sabía con miedo, hata ciertas herraduras, que por mandado de mi madre a un herrero vendí.

16 Juguetear.

17 «Vía», vulgar «vía».

18 Zayd, nombre de persona muy corriente en árabe.

19 Instrumento de hierro con serrezuelas para limpiar las caballerías.

Al triste de mi padrasto azotaron y pringaron²⁰ e a mi madre pusieron pena por justicia. sobre el acostumbrado centenario²¹, que en casa del sobredicho Comendador no entrase ni al lastimado Zaide en la suya acogiese.

Por no echar la soga tras el caldero. la triste se esforzó y cumplió la sentencia. Y por evitar peligro y quitarse de malas lenguas se fue a servir a los que al presente vivían en el mesón de la Solana²². E allí, padesciendo mil importunidades, se acabó de criar mi hermanico, hasta que supo andar, e a mí, hasta ser buen mozuelo, que iba a los huéspedes por vino e candelas y por lo demás que me mandaban.

En este tiempo vino a posar al mesón un ciego, el cual, paresciéndole que yo sería²³ para adestralle, me pidió a mi madre, y ella me encomendó a él, diciéndole cómo era hijo de buen hombre, el cual por ensalzar la fe había muerto en la de los Gelves²⁴ y que ella confiaba en Dios no saldría peor hombre que mi padre e que le rogaba me tractase bien y mirase por mí, pues era huérfano.

20 «Echar a uno pringue hirviendo, castigo usado antiguamente». En muchos sitios se emplea «pingar» por «colgar».

21 De azotes, y el paseo por las (calles) acostumbradas, montando en un asno. Era la pena de «vergüenza pública».

22 El Mesón de la Solana estaba en donde está hoy la casa del Ayuntamiento que tiene orientación meridional. Acaso una de sus entradas fuera por la calle de la Bola, muy cerca de la plaza de San Martín, que precedió a la actual plaza. En esa calle estaba una de las famosas tabernillas. (Nota que agradezco a la bondad de mi amigo don Mariano de Santiago Cividanes, erudito historiador de la plaza Mayor de Salamanca.)

23 Sería capaz para, bueno, útil.

24 Hoy Djerba, o Zerbi, frente a la costa de Túnez. La batalla desgraciada tuvo lugar el año 1510.

El respondió que así lo haría y que me recibía, no por mozo sino por hijo. Y así le comencé a servir e adestrar a mi nuevo e viejo amo.

Como estuvimos en Salamanca algunos días, pareciéndole a mi amo que no era la ganancia a su contento, determinó irse de allí: y cuando nos hubimos de partir, yo fui a ver a mi madre e ambos llorando, me dio su bendición y dijo:

«Hijo, ya sé que no te veré más. Procura de ser bueno y Dios te guíe. Criado te he e con buen amo te he puesto; válete por ti».

E así me fui para mi amo, que esperándome estaba.

Salimos de Salamanca, y llegando a la puente, está a la entrada della un animal de piedra, que casi tiene forma de toro²⁵, y el ciego mandóme que llegase cerca del animal, e allí puesto, me dijo:

«Lázaro, llega el oído a este toro e oirás un gran ruido dentro dél.»

Yo simplemente llegué, creyendo ser así. Y como sintió que tenía la cabeza par de la piedra, afirmó recio la mano y diome una gran calabazada en el diablo del toro, que más de tres días me duró el dolor de la cornada, y díjome:

«Necio, aprende: que el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo.»

²⁵ Animal que es uno de los 300 verracos ibéricos, inventariados en España; hoy está en el Museo de Bellas Artes de Salamanca. Sobre la significación de estos animales véase Mérida, *Arqueología española*, Barcelona, «Labor», 1929, págs. 190 y siguientes, y sobre éste de Salamanca véase Villar y Macías, *Historia de Salamanca*, t. I, págs. 10-12 y 30.

Y rió mucho la burla.

Parescióme que en aquel instante desperté de la simpleza en que como niño dormido, estaba.

Dije entre mí:

«Verdad dice éste, que me cumple avivar el ojo y avisar²⁶, pues solo soy, y pensar cómo me sepa valer.»

Comenzamos nuestro camino y en muy pocos días me mostró jerigonza²⁷. Y como me viese de buen ingenio, holgábase mucho y decía:

«Yo oro ni plata no te lo puedo dar²⁸: mas avisos para vivir, muchos te mostraré».

Y fue así que después de Dios, éste me dio la vida, y siendo ciego, me alumbró y adestró en la carrera de vivir.

Huelgo de contar a V. M. estas niñerías, para mostrar cuánta virtud sea saber los hombres subir siendo bajos y dejarse bajar siendo altos, cuánto vicio.

Pues tornando al bueno de mi ciego y contando sus cosas, V. M. sepa que, desde que Dios crió el mundo, ninguno formó más astuto ni sagaz. En su oficio era un águila. Ciento y tantas oraciones sabía de coro. Un tono bajo, reposado y muy sonable, que hacía resonar la iglesia donde rezaba; un rostro humilde y devoto, que con muy buen continente ponía cuando rezaba, sin hacer gestos y visajes con boca ni ojos, como otros suelen hacer.

26 Ser avisado, estar sobre aviso.

27 Lengua especial de germanía, jerga usada por la gente del hampa.

28 Cfr. *Act. Apost.*, III, 6: «Argentum et aurum non est mihi».

Allende desto, tenía otras mil formas y maneras para sacar el dinero. Decía saber oraciones para muchos y diversos efectos: para mujeres que no parían, para las que estaban de parto, para las que eran malcasadas, que sus maridos las quisiesen bien. Echaba pronósticos a las preñadas, si traía hijo o hija.

Pues en caso de medicina, decía que Galeno no supo la mitad que él para muela, desmayos, males de madre. Finalmente, nadie le decía padecer alguna pasión, que luego no le decía:

«Haced esto, haréis estotro, cosed ²⁹ tal yerba, tomad tal raíz».

Con esto andábase todo el mundo tras él, especialmente mujeres, que cuanto les decía, creían. Déstas sacaba él grandes provechos con las artes que digo y ganaba más en un mes que cien ciegos en un año ³⁰.

Mas también quiero que sepa V. M. que, con todo lo que adquiría y tenía, jamás tan avariento ni mezquino hombre no vi; tanto, que me mataba a mí de hambre y así no me demediaba ³¹ de lo necesario. Digo verdad: si con mi sotileza y buenas mañas no me supiera remediar, muchas veces me finara de hambre; mas con todo su saber y aviso le contaminaba de tal suerte, que siempre o las más veces me cabía lo más y mejor. Para esto le hacía burlas endiabladas, de las cuales contaré algunas, aunque no todas a mi salvo.

²⁹ «Coged» en otras ediciones. Acaso se dijera «cosed», como se decía «cosecha» en lugar de «cogecha».

³⁰ Recuérdense las artimañas de Celestina.

³¹ «Dar la mitad de».

El traía el pan y todas las otras cosas en un fardel de lienzo, que por la boca se cerraba con una argolla de hierro y su candado y su llave, y al meter de todas las cosas y sacallas, era con tan gran vigilancia y tanto por contadero, que no bastara hombre en todo el mundo hacerle menos una migaja. Mas yo tomaba aquella lazeria ³² que él me daba, la cual en menos de dos bocados era despachada.

Después que cerraba el candado y se descuidaba, pensando que yo estaba entendiendo en otras cosas, por un poco de costura, que muchas veces de un lado del fardel descosía y tornaba a coser, sangraba ³³ el avariento fardel, sacando no por tasa pan, mas buenos pedazos, torreznos y longaniza. Y así buscaba conveniente tiempo para rehacer, no la chaza ³⁴, sino la endiablada falta que el mal ciego me faltaba.

Todo lo que podía sisar y hurtar traía en medias blancas y, cuando le mandaban rezar y le daban blancas ³⁵, como él carecía de vista, no había el que se la daba amagado con ella, cuando yo la tenía lanzada en la boca y la media aparejada. que por presto que él echaba la mano, ya iba de mi cambio anichilada en la mitad del justo precio. Quejábame el mal ciego, porque al tiento luego conocía y sentía que no era blanca entera, y decía:

32 «Mezquindad, miseria».

33 Véase la nota 8.

34 Del juego de pelota: suerte en que ésta vuelve contrarrestada y se para o la detienen antes de llegar al saque.

35 Moneda de vellón, que tuvo diferentes valores, según los tiempos. Dos blancas valían un maravedí cobreño desde 1497 a 1602.

«¿Qué diablo es esto, que, después que conmigo estás, no me dan sino medias blancas, y de antes una blanca y un maravedí ³⁶ tantas veces me pagaban? En ti debe estar esta desdicha».

También él abreviaba el rezar y la mitad de la oración no acababa, porque me tenía mandado que, en yéndose el que la mandaba rezar, le tirase por cabo del cayuz ³⁷. Yo así lo hacía. Luego él tornaba a dar voces, diciendo:

«¿Mandan rezar tal y tal oración?», como suelen decir.

Usaba poner cabe sí ³⁸ un jarrillo de vino, cuando comíamos e yo muy de presto le asía y daba un par de besos callados y tornábale a su lugar. Mas turóme ³⁹ poco. Que en los tragos conocía la falta y por reservar su vino a salvo, nunca después desamparaba el jarro, antes lo tenía por el asa asido. Mas no había piedra imán, que así trajese a sí, como yo con una paja larga de centeno, que para aquel menester tenía hecha, la cual, metiéndola en la boca del jarro, chupando el vino, lo dejaba a buenas noches ⁴⁰. Mas como fuese el traidor tan astuto, pienso que me sintió y dende en adelante mudó propósito y asentaba su jarro entre las piernas, y atapábale con la mano y así bebía seguro.

36 Moneda de origen árabe, «morabeti», con diferentes valores, unas veces efectiva, otras imaginaria. En el siglo XVI el maravedí valía 1/34 de real de vellón.

37 Especie de capa larga, de paño, cerrada por delante.

38 Cerca de sí, a su lado.

39 «Durar». Todavía se usa este verbo así en ciertas regiones, por ejemplo, en el valle del Mesa, Calatayud.

40 «A oscuras», sin gota.

Yo, como estaba hecho al vino, moría por él y, viendo que aquel remedio de la paja no me aprovechaba ni valía, acordé, en el suelo del jarro hacerle una fuentecilla y agujero sutil y delicadamente con una muy delgada tortilla de cera, taparlo, y al tiempo de comer, fingiendo haber frío, entrábame entre las piernas del triste ciego a calentarme en la pobrecilla lumbre que teníamos, y al calor della luego derretida la cera, por ser muy poca, comenzaba la fuentecilla a destilarme en la boca, la cual yo de tal manera ponía, que maldita la gota se perdía. Cuando el pobreto iba a beber, no hallaba nada.

Espantábase, maldecíase, daba al diablo el jarro y el vino, no sabiendo qué podía ser.

«No diréis, tío, que os lo bebo yo — decía — pues no le quitáis de la mano».

Tantas vueltas y tientos dio al jarro que halló la fuente y cayó en la burla; mas así lo disimuló como si no lo hubiera sentido.

Y luego otro día, teniendo yo rezumando mi jarro como solía, no pensando el daño que me estaba aparejado, ni que el mal ciego me sentía, sentéme como solía, estando recibiendo aquellos dulces tragos, mi cara puesta hacia el cielo, un poco cerrados los ojos por mejor gustar el sabroso liquor; sintió el desesperado ciego que agora tenía tiempo de tomar de mí venganza, y con toda su fuerza, alzando con dos manos aquel dulce y amargo jarro, le dejó caer sobre mi boca, ayudándose, como digo, con todo su poder, de manera que el pobre Lázaro, que de nada desto se guardaba, antes, como otras veces, estaba descui-



...la cual, meténdola en la boca del jarro, chupando el vino,
lo dejaba a buenas noches, (Pág. 33.)

ñado y gozoso, verdaderamente me pareció que el cielo, con todo lo que en él hay, me había caído encima.

Fue tal el golpecillo, que me desatinó y sacó de sentido, y el jarrazo tan grande, que los pedazos dél se me metieron por la cara, rompiéndomela por muchas partes. y me quebró los dientes, sin los cuales hasta oy día me quedé. Desde aquella hora quise mal al ciego y aunque me quería y regalaba y me curaba, bien vi que se había holgado del cruel castigo. Lavóme con vino las roturas que con los pedazos del jarro me había hecho, y sonriéndose decía:

«¿Qué te parece, Lázaro? Lo que te enfermó te sana y da salud».

Y otros donaires que a mi gusto no lo eran.

Ya que estuve medio bueno de mi negra trepa y cardenales, considerando que a pocos golpes tales el cruel ciego ahorraría de mí, quise yo ahorrar ⁴¹ dél; mas no lo hice tan presto por hazello más a mi salvo y provecho. Aunque yo quisiera asentar mi corazón y perdonalle el jarrazo, no daba lugar el mal tratamiento que el mal ciego dende allí en adelante me hacía, que sin causa ni razón me hería, dándome coxcorriones y repelándome.

Y si alguno le decía por qué me trataba tan mal, luego contaba el cuento del jarro, diciendo:

«¿Pensaréis que este mi mozo es algún inocente? Pues oid si el demonio ensayara otra tal hazaña».

41 «Librarse de».

Santiguándose los que lo oían, decían:

«¡Mirá, quién pensara de un muchacho tan pequeño tal ruindad!»

Y reían mucho el artificio y decíanle:

«Castigaldo, castigaldo ⁴², que de Dios lo habréis».

Y él, aquello, nunca otra cosa hacía.

Y en esto yo siempre le llevaba por los peores caminos y adrede, por le hacer mal daño: si había piedras, por ellas; si lodo, por lo más alto; que, aunque yo no iba por lo más enjuto, holgábame a mí de quebrar un ojo por quebrar dos al que ninguno tenía ⁴³. Con esto, siempre con el cabo alto del tiento me atentaba el colodrillo, el cual siempre traía lleno de tolondrones y pelado de sus manos. Y aunque yo juraba no lo hacer con malicia, sino por no hallar mejor camino, no me aprovechaba ni me creía más: tal era el sentido y el grandísimo entendimiento del traidor.

Y porque vea V. M. a cuánto se estendía el ingenio deste astuto ciego, contaré un caso de muchos que con él me acaescieron, en el cual me parece dio bien a entender su gran astucia. Cuando salimos de Salamanca, su motivo fue venir a tierra de Toledo, porque decía ser la gente más rica, aunque no muy limosnera. Arrimábase a este refrán: «Más da el duro que el desnudo». E venimos a este camino por los mejores lugares. Donde hallaba buena

⁴² «Castigadlo», metátesis común en el siglo XVI.

⁴³ Alusión a un cuento popular muy conocido.

acogida e ganancia, deteníamonos: donde no. a tercero día hacíamos Sant Juan ⁴⁴.

Acaesció que. llegando a un lugar que llaman Almorox ⁴⁵, al tiempo que cogían las uvas. un vendimiador le dio un racimo dellas en limosna. Y como suelen ir los cestos maltratados y también porque la uva en aquel tiempo está muy madura, desgranábasele el racimo en la mano. Para echarlo en el fardel tornábase mosto y lo que a él se llegaba.

Acordó de hacer un banquete. así por no lo poder llevar. como por contentarme: que aquel día me avía dado muchos rodillazos y golpes. Sentámonos en un valladar y dijo:

«Agora quiero yo usar contigo de una liberalidad. y es que ambos comamos este racimo de uvas y que ayas dél tanta parte como yo. Partillo hemos desta manera: tú picarás una vez y yo otra. con tal que me prometas no tomar cada vez más de una uva. Yo haré lo mismo hasta que lo acabemos y desta suerte no habrá engaño».

Hecho así el concierto. comenzamos: mas luego al segundo lance. el traidor mudó propósito y comenzó a tomar de dos en dos, considerando que yo devría hacer lo mismo. Como vi que él quebraba la postura ⁴⁶, no me contenté ir a la par con él: mas aún pasaba delante: dos a dos y tres a tres y como podía las comía. Acabado el racimo, estuvo un poco con el escobajo en la mano. y meneando la cabeza, dijo:

⁴⁴ Marcharse: alusión a la costumbre de criados o renteros de terminar su contrato por los días de San Juan.

⁴⁵ Pueblo de Toledo; nombre de origen árabe «los prados».

«Lázaro, engañado me has. Juraré yo a Dios que has tú comido las uvas tres a tres».

«No comí, dije yo: mas ¿por qué sospecháis eso?

Respondió el sagacísimo ciego:

«¿Sabes en qué veo que las comiste tres a tres? En que comía yo dos a dos y callabas» ⁴⁶ bis.

Reíme entre mí, y aunque mochacho, noté mucho la discreta consideración del ciego.

Mas, por no ser prolijo, dejo de contar muchas cosas, así graciosas como de notar, que con este mi primer amo me acaescieron, y quiero decir el despidiente e con él acabar. Estábamos en Escalona ⁴⁷, villa del duque della, en un mesón, y diome un pedazo de longaniza que le asase. Ya que la longaniza había pringado y comídose las pringadas, sacó un maravedí de la bolsa y mandó que fuese por él de vino a la taberna. Púsome el demonio el aparejo delante los ojos, el cual, como suelen decir, hace al ladrón, y fue que había cabe el fuego un nabo pequeño, larguillo y ruinoso y tal que, por no ser para la olla, debió ser echado allí.

Y como al presente nadie estuviese sino él y yo solos, como me vi con apetito goloso, habiéndome puesto dentro el sabroso olor de la longaniza, del cual solamente sabía que había de gozar, no mirando qué me podría suceder, pospuesto todo el temor por cumplir con el deseo, en tanto

⁴⁶ Romper el pacto propuesto.

⁴⁶ bis. La edición de Alcalá (C.) interpola aquí un pasaje, que reproducimos en el Apéndice.

⁴⁷ Ciudad de la provincia de Toledo, de los Pacheco, Marqueses de Villena, Duques de Escalona.

que el ciego sacaba de la bolsa el dinero, saqué la longaniza y muy presto metí el sobredicho nabo en el asador. El cual, mi amo, dándome el dinero para el vino, tomó y comenzó a dar vueltas al fuego, queriendo asar al que de ser cocido, por sus méritos, había escapado.

Yo fui por el vino, con el cual no tardé en despachar la longaniza y, cuando vine, hallé al pecador del ciego, que tenía entre dos rebanadas apretado el nabo. al cual aún no había conocido por no lo haber tentado con la mano. Como tomase las rebanadas e mordiese en ellas, pensando también llevar parte de la longaniza, hallóse en frío con el frío nabo. Alteróse e dijo:

«¿Qué es esto, Lazarillo?»

«¡Lacerado de mí!, dije yo. ¿Si queréis a mí echar algo? ¿Yo no vengo de traer el vino? Alguno estaba ahí y por burlar haría esto».

«No, no, dijo él, que yo no he dejado el asador de la mano; no es posible».

Yo torné a jurar y perjurar que estaba libre de aquel trueco y cambio; mas poco me aprovechó, pues a las astucias del maldito ciego nada se le escondía. Levantóse y asíóme por la cabeza y llegóse a olerme. E como debió sentir el huelgo¹⁸, a uso de buen podenco, por mejor satisfacerse de la verdad y con la gran agonía que llevaba, asiéndome con las manos, abríame la boca más de su derecho y desatentadamente metía la nariz, la cual él tenía luenga

y afilada, y a aquella sazón, con el enojo se había aumentado un palmo; con el pico de la cual me llegó a la gullilla ⁴⁹.

Y con esto, y con el gran miedo que tenía, y con la brevedad del tiempo, la negra longaniza aun no había hecho asiento en el estómago, y lo más principal, con el desiento de la cumplidísima nariz, medio cuasi ahogándome, todas estas cosas se juntaron y fueron causa que el hecho y golosina se manifestase y lo suyo fuese vuelto a su dueño. De manera que, antes que el mal ciego sacase de mi boca su trompa, tal alteración sintió mi estómago, que le dio con el hurto en ella, de suerte que su nariz e la negra mal maxcada longaniza a un tiempo salieron de mi boca.

¡O gran Dios!, ¡quién estuviera aquella hora sepultado, que muerto ya lo estaba! Fue tal el coraje del perverso ciego que, si al ruido no acudieran, pienso no me dejara con la vida. Sacáronme de entre sus manos, dejándoselas llenas de aquellos pocos cabellos que tenía, arañada la cara y rascuñado el pescuezo y la garganta. Y esto bien lo merecía, pues por su maldad me venían tantas persecuciones.

Contaba el mal ciego a todos cuantos allí se allegaban mis desastres y dábales cuenta una y otra vez, así de la ⁵⁰ del jarro, como de la del racimo y agora de lo presente. Era la risa de todos tan grande, que toda la gente que por la calle pasaba entraba a ver la fiesta; mas con tanta gracia y donaire recontaba el ciego mis hazañas, que, aun-

49 «Golilla», diminutivo de «gula», la úvula o campanilla.

50 «De la fechoría o hazaña del jarro».

que yo estaba tan maltratado y llorando, me parecía que hacía sinjusticia en no se las reir.

Y en cuanto esto pasaba, a la memoria me vino una cu-bardía y flojedad que hice porque me maldecía y fue no dejalle sin narices, pues tan buen tiempo tuve para ello que la meitad ⁵¹ del camino estaba andado: que con solo apretar los dientes se me quedaran en casa y, con ser de aquel malvado, por ventura lo retuviera mejor mi estómago que retuvo la longaniza, y, no pareciendo ellas, pudiera negar la demanda. Pluguiera a Dios que lo hubiera hecho, que eso fuera así que así.

Hiciéronnos amigos la mesonera y los que allí estaban, y con el vino, que para beber le había traído, laváronme la cara y la garganta. Sobre lo cual discantaba el mal ciego donaires ⁵², diciendo:

«Por verdad, más vino me gasta este mozo en lavatorios al cabo de año que yo bebo en dos. A lo menos, Lá-zaro, eres en más cargo al vino que a tu padre, porque él una vez te engendró, mas el vino mil te ha dado la vida».

Y luego contaba cuántas veces me había descalabrado y harpado ⁵³ la cara y con vino luego sanaba.

«Yo te digo, dijo, que, si hombre en el mundo ha de ser bienaventurado con vino, que serás tú».

Y reían mucho los que me lavaban con esto; aunque yo renegaba. Mas el pronóstico del ciego no salió menti-

51 Forma anticuada de «mitad», medietat(em).

52 Decía socarronerías y burlas.

53 «Arañado», «rasguñado».

roso, y después acá muchas veces me acuerdo de aquel hombre, que sin duda debía tener espíritu de profecía, y me pesa de los sinsabores que le hice, aunque bien se lo pagué, considerando lo que aquel día me dijo salirme tan verdadero como adelante V. M. oirá.

Visto esto y las malas burlas que el ciego burlaba de mí, determiné de todo en todo dejalle y, como lo traía pensado y lo tenía en voluntad, con este postrer juego que me hizo, afirmélo más. Y fue así, que luego otro día salimos por la villa a pedir limosna e había llovido mucho la noche antes. Y porque el día también llovía, y andaba rezando debajo de unos portales, que en aquel pueblo había, donde no nos mojamos; mas como la noche se venía y el llover no cesaba, díjome el ciego:

«Lázaro, esta agua es muy porfiada y cuanto la noche más cierra, más recia. Acojámonos a la posada con tiempo».

Para ir allá habíamos de pasar un arroyo, que con la mucha agua iba grande.

Yo le dije:

«Tío, el arroyo va muy ancho; mas si queréis, yo veo por donde travesemos más aína sin nos mojar, porque se estrecha allí mucho e saltando pasaremos a pie enjuto».

Parescióle buen consejo e dijo:

«Discreto eres, por esto te quiero bien. Llévame a ese lugar donde el arroyo se ensangosta⁵¹, que agora es invierno y sabe mal el agua e más llevar los pies mojados».

Yo que vi el aparejo a mi deseo, saquéle debajo de los portales e llevélo derecho de un pilar o poste de piedra, que en la plaza estaba, sobre el cual y sobre otros cargaban saledizos de aquellas casas, y dígole:

«Tío, éste es el paso más angosto que en el arroyo hay».

Como llovía recio y el triste se mojaba, e con la priesa, que llevábam^{os} de salir del agua, que encima de nos caía, y lo más principal, porque Dios le cegó aquella hora el entendimiento (fue por darme dél venganza), creyóse de mí y dijo:

«Ponme bien derecho y salta tú el arroyo».

Yo le puse bien derecho enfrente del pilar y doy un salto e póngome detrás del poste, como quien espera tope de toro e díjele:

«¡Sus! saltá todo lo que podáis, porque deis deste cabo ⁵⁵ del agua».

Aun apenas lo había acabado de decir, cuando se abalanza el pobre ciego como cabrón y de toda su fuerza arremete, tomando un paso atrás de la corrida para hacer mayor salto, y da con la cabeza en el poste, que sonó tan recio como si diera con una gran calabaza, e cayó luego para atrás, medio muerto y hendida la cabeza.

«¿Cómo? ¿y olistes la longaniza y no el poste? ¡Ole! ¡Olé!», le dije yo.

55 Más usado hoy «extremo».

Y dejéle en poder de mucha gente, que lo había ido a socorrer, y tomé la puerta de la villa en los pies de un trote y, antes que la noche viniese, di comigo en Torrijos. No supe más lo que Dios dél hizo ni curé de lo saber.



T R A T A D O S E G U N D O

COMO LAZARO SE ASENTÓ⁵⁶ CON UN CLERIGO
Y LAS COSAS QUE CON EL PASO

Otro día, no pareciéndome estar allí seguro, fuime a un lugar que llaman Maqueda ⁵⁷, adonde me toparon mis pecados con un clérigo que, llegando a pedir limosna, me preguntó si sabía ayudar a misa. Yo dije que sí, como era verdad; que, aunque maltratado, mil cosas buenas me mostró el pecador del ciego y una dellas fue ésta. Finalmente, el clérigo me rescibió por suyo.

Escapé del trueno y di en el relámpago. Porque era el ciego para con éste un Alexandre Magno ⁵⁸, con ser la misma avaricia, como he contado. No digo más, sino que toda la lazeria del mundo estaba encerrada en éste. No sé si de su cosecha era, o lo había anejado con el hábito de clerecía.

El tenía un arcaz ⁵⁹ viejo y cerrado con su llave, la cual traía atada con una agujeta ⁶⁰ del paletoque ⁶¹. Y en viniendo el bodigo ⁶² de la iglesia, por su mano era luego allí lanzado y tornada a cerrar el arca. Y en toda la casa no había ninguna cosa de comer, como suele estar en otras: algún tocino colgado al humero, algún queso puesto en al-

56 «Se concertó» para servir.

57 Pueblo de la provincia de Toledo, del señorío del Duque del mismo título, con notable castillo.

58 Tipo proverbial de liberalidad.

59 Arcón.

58 Cordón de correa con herrete en la punta.

61 Capote de dos haldas, a modo de escapulario, sin mangas, que llegaba hasta las rodillas.

62 Por «votivo», pan ofrecido al cura en los funerales.

guna tabla o en el armario. algún canastillo con algunos pedazos de pan. que de la mesa sobran. Que me parece a mí que. aunque dello no me aprovechara, con la vista dello me consolara.

Solamente había una horca de cebollas y tras la llave de una cámara en lo alto de la casa. Déstas tenía yo de ración una para cuatro días y, cuando le pedía la llave para ir por ella, si alguno estaba presente, echaba mano a'l falsopecto ⁶³ y con gran continencia la desataba y me la daba diciendo:

«Toma y vuévela luego y no hagáis sino golosinar».

Como si debajo della estuvieran todas las conservas de Valencia. con no haber en la dicha cámara, como dije, maldita la otra cosa que las cebollas colgadas de un clavo. Las cuales él tenía tan bien por cuenta, que si por malos de mis pecados me desmandara a más de mi tasa, me costara caro.

Finalmente, yo me finaba de hambre. Pues, ya que comigo tenía poca caridad, consigo usaba más. Cinco blancas de carne era su ordinario para comer y cenar. Verdad es que partía comigo del caldo. Que de la carne, itan blanco el ojo! ⁶⁴, sino un poco de pan y ¡pluguiera a Dios que me demediara!

Los sábados cómense en esta tierra cabezas de carne-ro ⁶⁵ y enviábame por una, que costaba tres maravedís. Aquélla le cocía y comía los ojos y la lengua y el cogote

63 Así la cita Guzmán de Alfarache, I, 2, 3. «Balsopeto», bolsa grande que se trae junto al pecho.

64 Exclamación para indicar que no le daban nada. «Quedarse en blanco», es todavía usual.

65 Relaciónese esta costumbre de Maqueda en los famosos «duelos y quebranto» del *Quijote* I, 1.

y sesos y la carne, que en las quijadas tenía, y dábame todos los huesos roídos. Y dábamelos en el plato, diciendo: «Toma, come, triunfa, que para ti es el mundo. Mejor vida tienes que el papa».

«¡Tal te la dé Dios!», decía yo paso ⁶⁶ entre mí.

A cabo de tres semanas que estuve con él, vine a tanta flaqueza, que no me podía tener en las piernas de pura hambre. Vime claramente ir a la sepultura, si Dios y mi saber no me remediaran. Para usar de mis mañas no tenía aparejo, por no tener en qué darme salto. Y aunque algo hubiera, no podía cegalle, como hacía al que Dios perdona, si de aquella calabazada feneció; que todavía, aunque astuto, con faltalle aquelpreciado sentido, no me sentía; mas estotro, ninguno hay que tan aguda vista tuviese, como él tenía.

Cuando al ofertorio ⁶⁷ estábamos, ninguna blanca en la concha ⁶⁸ caía, que no era dél registrada. El un ojo tenía en la gente y el otro en mis manos. Bailábanle los ojos en el caxco como si fueran de azogue. Cuantas blancas ofrecían tenía por cuenta. Y acabado el ofrecer, luego me quitaba la concheta y la ponía sobre el altar.

No era yo señor de asirle una blanca todo el tiempo que con él viví, o, por mejor decir, morí. De la taberna nunca le traje una blanca de vino; mas aquel poco que de la ofrenda había metido en su arcaz compasaba ⁶⁹ de tal forma que le turaba toda la semana.

⁶⁶ Bajo, quedo.

⁶⁷ Parte de la misa, después de la lectura del Evangelio y anterior al Canon.

⁶⁸ Empleada para pedir, a modo de bandeja.

⁶⁹ «Medía», como con un compás.

Y por ocultar su gran mezquindad, decíame:

«Mira, mozo, los sacerdotes han de ser muy templados en su comer y beber y por esto yo no me desmando como otros».

Mas el lacerado ⁷⁰ mentía falsamente, porque en cofradías ⁷¹ y mortuorios ⁷² que rezamos, a costa agena comía como lobo y bebía más que un saludador ⁷³.

Y porque dije de mortuorios, Dios me perdone, que jamás fui enemigo de la naturaleza humana, sino entonces. Y esto era porque comíamos bien y me hartaban. Deseaba y aun rogaba a Dios que cada día matase el suyo. Y cuando dábamos sacramento a los enfermos, especialmente la Extremaunción, como manda el clérigo rezar a los que están allí, yo cierto no era el postrero de la oración y con todo mi corazón y buena voluntad rogaba al Señor, no que la echase ⁷⁴ a la parte que más servido fuese, como se suele decir: mas que le llevase de aqueste mundo.

Y cuando alguno de estos escapaba, ¡Dios me lo perdone!, que mil veces le daba al diablo. Y el que se moría, otras tantas bendiciones llevaba de mí dichas. Porque en todo el tiempo que allí estuve, que sería cuasi seis meses, solas veinte personas fallescieron y éstas bien creo que las maté yo o, por mejor decir, murieron a mi requesta ⁷⁵. Por-

70 Mezquino, desgraciado.

71 En las fiestas de las distintas confradías o hermandades había comidas a cargo de los priostes o hermanos mayores.

72 En los principios del siglo XVI se celebraban comilonas, con ocasión de los funerales, a pesar de haber dado pragmáticas contra esta costumbre la Reina Católica. Los antecedentes de estas costumbres habría que remontarlos a épocas paganas.

73 Que tiene gracia especial para curar la rabia por tener una cruz en el paladar y haber nacido en Jueves Santo.

74 «La echase» la oración y la suerte del enfermo.

75 «Requerimiento».

que viendo el Señor mi rabiosa y continua muerte, pienso que holgaba de matarlos por darme a mí vida. Mas de lo que al presente padecía, remedio no hallaba. Que si el día que enterrábamos yo vivía, los días que no había muerto, por quedar bien vezado ⁷⁶ de la hartura, tornando a mi cuotidiana hambre, más lo sentía. De manera que en nada hallaba descanso, salvo en la muerte, que yo también para mí, como para los otros, deseaba algunas veces: mas no la vía, aunque estaba siempre en mí.

Pensé muchas veces irme de aquel mezquino amo; mas por dos cosas lo dejaba: la primera por no me atrever a mis piernas, por temer de la flaqueza, que de pura hambre me venía. Y la otra, consideraba y decía:

«Yo he tenido dos amos: el primero traíame muerto de hambre y dejándole, topé con estotro, que me tiene ya con ella en la sepultura; pues si déste desisto y doy en con ella en la sepultura: pues si déste desisto y doy en otro más bajo, ¿qué será sino fenecer?»

Con esto no me osaba menear. Porque tenía por fe que todos los grados había de hallar más ruines. Y a abajar otro punto, no sonara Lázaro, ni se oyera en el mundo.

Pues estando en tal aflicción, cual plega al Señor librar della a todo fiel cristiano, y sin saber darme consejo, viéndome ir de mal en peor, un día que el cuitado, ruin y lacerado de mi amo había ido fuera del lugar, llegóse acaso a mi puerta un calderero, el cual yo creo que fue ángel enviado a mí por la mano de Dios en aquel hábito. Preguntóme si tenía algo que adobar ⁷⁷.

⁷⁶ «Acostumbrado».

⁷⁷ «Arreglar, aderezar».

«En mí teniades bien que hacer y no haríades poco, si me remediasedes», dije paso, que no me oyó.

Mas, como no era tiempo de gastarlo en decir gracias, alumbrado por el Espíritu Sancto, le dije:

«Tío, una llave de este arcaz ⁷⁸ he perdido y temo mi señor me azote. Por vuestra vida, veáis si en esas que traéis, hay alguna que le haga, que yo os lo pagaré».

Comenzó a probar el angélico calderero una y otra de un gran sartal que dellas traía, e yo a ayudalle con mis flacas oraciones. Cuando no me cato ⁷⁹, veo en figura de panes, como dicen, la cara de Dios dentro del arcaz. Y abier-to, díjele:

«Yo no tengo dineros que os dar por la llave; mas tomad de ahí el pago».

El tomó un bodigo de aquéllos, el que mejor le pareció, y dándome mi llave, se fue muy contento, dejándome más a mí.

Mas no toqué en nada por el presente, porque no fuese la falta sentida y aun porque me vi de tanto bien señor, parescióme que la hambre no se me osaba allegar. Vino el mísero de mi amo, y quiso Dios no miró en la oblada ⁸⁰, qu'el ángel había llevado.

Y otro día, en saliendo de casa, abro mi paraíso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo y en dos credos le hize invisible, no se me olvidando el arca abierta. Y comienzo a barrer la casa con mucha alegría, paresciéndome con aquel remedio remediar dende en adelante la triste

⁷⁸ Parece por el contexto es mejor leer «arcaz», como en la edición de Alcalá, que no «arte», ya que no muestra otra llave, como seria necesario para indicar «de esta hechura», «de esta forma».

⁷⁹ «Cuando no pienso en ello».

⁸⁰ «Oblata», oferta.

vida. Y así estuve con ello aquel día y otro gozoso. Mas no estaba en mi dicha que me durase mucho aquel descanso, porque luego, al tercero día, me vino la terciana de recha.

Y fue que veo a deshora al que me mataba de hambre sobre nuestro arcaz, volviendo y revolviendo, contando y tornando a contar los panes. Yo disimulaba y en mi secreta oración y devociones y plegarias decía:

«Sant Juan y ciégale!» ⁸¹

Después que estuvo un gran rato echando la cuenta, por días y dedos contando, dijo:

«Si no tuviera a tan buen recaudo ⁸² esta arca, yo dijera que me habían tomado della panes: pero de hoy más, sólo por cerrar la puerta a la sospecha, quiero tener buena cuenta con ellos. Nueve quedan y un pedazo».

«¡Nuevas malas te dé Dios», dije yo entre mí.

Parecióme con lo que dijo pasarme el corazón **con saeta** de montero y comenzóme el estómago a escarbar **de hambre**, viéndose puesto en la dieta pasada. Fue **fuera de casa**.

Yo, por consolarme, abro el arca y, como **vi el pan**, comencélo de adorar, no osando recibillo. Contélos, si a dicha el lacerado se errara, y hallé su cuenta más verdadera que yo quisiera. Lo más que yo pude hacer fue dar en ellos mil besos y lo más delicado ⁸³ que yo pude, del ⁸⁴ partido partí un poco al pelo ⁸⁵ que le estaba y con aquél pasé aquel día, no tan alegre como el pasado.

81 Acaso la invocación sea a San Juan, por ser en la fiesta de este santo la fecha de renovación de los contratos de los criados.

82 «Tan bien guardada».

83 «Delgado», forma culta.

84 «Del (pan) partido».

85 En la dirección de lo ya cortado.



Y otro día, en saliendo de casa, abro mi paraíso panal y tomo entre las manos y dientes un bodigo... (Pág. 51.)

Mas, como la hambre creciese, mayormente que tenía el estómago hecho a más pan aquellos dos o tres días ya dichos, moría mala muerte; tanto, que otra cosa no hacía en viéndome solo sino abrir y cerrar el arca y contemplar en aquella cara de Dios, que así dicen los niños. Mas el mismo Dios, que socorre a los afligidos, viéndome en tal estrecho. trujo a mi memoria un pequeño remedio. Que, considerando entre mí, dije:

«Este arquetón es viejo y grande y roto por algunas partes, aunque pequeños agujeros. Puédese pensar que ratones entrando en él hacen daño a este pan. Sacarlo entero no es cosa conveniente, porque verá la falta el que en tanta me hace vivir. Esto bien se sufre».

Y comienzo a desmigajar el pan sobre unos no muy costosos manteles, que allí estaban, y tomo uno y dejo otro. de manera que en cada cual de tres o cuatro desmigajé su poco. Después, como quien toma grajea, lo comí y algo me consolé. Mas él, como viniese a comer y abriese el arca. vió el mal pesar y sin dubda creyó ser ratones los que el daño habían hecho; porque estaba muy al propio contra-hecho, de como ellos lo suelen hacer. Miró todo el arcaz de un cabo a otro y vióle ciertos agujeros por do sospechaba habían entrado. Llamóme diciendo:

«¡Lázaro!, ¡mira!, ¡mira qué persecución ha venido aquesta noche por nuestro pan!»

Yo híceme muy maravillado, preguntándole qué sería.

«¡Qué ha de ser!, dijo él. Ratones, que no dejan cosa a vida».

Pusímonos a comer y quiso Dios que aun en esto me fué bien. Que me cupo más pan, que la lazería, que me

solía dar. Porque rayó con un cuchillo todo lo que pensó ser ratonado, diciendo:

«Cómete eso, que el ratón cosa limpia es».

Y así aquel día, añadiendo la ración del trabajo de mis manos, o de mis uñas por mejor decir, acabamos de comer, aunque yo nunca empezaba.

Y luego me vino otro sobresalto, que fue verlo andar solícito quitando clavos de las paredes y buscando tablillas, con las cuales clavó y cerró todos los agujeros de la vieja arca.

«¡O Señor mío!, dije yo entonces, ¡a cuánta miseria y fortuna y desastres estamos puestos los nascidos y cuán poco turan los placeres de esta nuestra trabajosa vida! Heme aquí, que pensaba con este pobre y triste remedio remediar y pasar mi lazeria y estaba ya cuanto que⁸⁶ alegre y de buena ventura. Mas no quiso mi desdicha, despertando a este lacerado de mi amo y poniéndole más diligencia de la que él de suyo se tenía (pues los míseros por la mayor parte nunca de aquélla carecen), agora cerrando los agujeros del arca, cerrase la puerta a mi consuelo y l'abriese a mis trabajos».

Así lamentaba yo, en tanto que mi solícito carpintero con muchos clavos y tablillas, dio fin a sus obras, diciendo:

«Agora, donos⁸⁷ traidores ratones, conviéneos mudar propósito, que en esta casa mala medra tenéis».

De que salió de su casa, voy a ver la obra y hallé que no dejó en la triste y vieja arca agujero ni aun por donde le pudiese entrar un moxquito. Abro con mi desaprovechada

86 «Algún tanto», «un poco».

87 Plural de «don».

llave, sin esperanza de sacar provecho, y vi los dos o tres panes comenzados, los que mi amo creyó ser ratonados y dellos todavía saqué alguna lazeria, tocándolos muy ligeramente, a uso de esgremidor diestro. Como la necesidad sea tan gran maestra, viéndome con tanta siempre, noche y día estaba pensando la manera que ternía en substentar el vivir. Y pienso, para hallar estos negros remedios, que me era luz la hambre, pues dicen que el ingenio con ella se avisa y al contrario con la hartura, y así era por cierto en mí.

Pues estando una noche desvelado en este pensamiento, pensando cómo me podría valer y aprovecharme del arcaz, sentí que mi amo dormía, porque lo mostraba con roncar y en unos resoplidos grandes que daba cuando estaba durmiendo. Levantéme muy quedito, y, habiendo en el día pensado lo que había de hacer y dejado un cuchillo viejo, que por allí andaba, en parte do le hallase, voyme al triste arcaz y por do había mirado tener menos defensa le acometí con el cuchillo, que a manera de barreno dél usé. Y como la antiquísima arca, por ser de tantos años, la hallase sin fuerza y corazón, antes muy blanda y carcomida, luego se me rindió y consintió en su costado, por mi remedio, un buen agujero. Esto hecho, abro muy paso la llagada arca y, al tiento, del pan, que hallé partido, hice según deyuso⁸⁸ está escripto. Y con aquello, algún tanto consolado, tornando a cerrar, me volví a mis pajas, en las cuales reposé y dormí un poco.

Lo cual yo hacía mal y echábalo al no comer. Y ansí

88 «Arriba», «encima».

sería, porque cierto en aquel tiempo no me debían quitar el sueño los cuidados del rey de Francia.

Otro día fue por el señor mi amo visto el daño, así del pan como del agujero, que yo había hecho, y comenzó a dar al diablo los ratones y decir:

«¿Qué diremos a esto? ¡Nunca haber sentido ratones en esta casa sino agora!»

Y sin dubda debía de decir verdad. Porque, si casa había de haber en el reino justamente de ellos privilegiada, aquella, de razón, había de ser, porque no suelen morar donde no hay qué comer. Torna a buscar clavos por la casa y por las paredes, y tablillas y a tapárselos. Venida la noche y su reposo, luego era yo puesto en pie con mi aparejo y, cuantos él tapaba de día, destapaba yo de noche.

En tal manera fue y tal priesa nos dimos, que sin dubda por esto se debió decir: donde una puerta se cierra, otra se abre. Finalmente, parecíamos tener a destajo la tela de Penélope⁸⁹, pues, cuanto él tejía de día, rompía yo de noche. Ca en pocos días y noches pusimos la pobre despesa de tan forma, que quien quisiera propiamente della hablar, más corazas viejas de otro tiempo que no arcaz la llamara, según la clavazón y tachuelas sobre sí tenía.

De que vio no le aprovechar nada su remedio, dijo:

«Este arcaz está tan maltratado y es de madera tan vieja y flaca, que no habrá ratón a quien se defienda. Y va ya tal que, si andamos más con él, nos dejará sin guarda. Y aun lo peor, que, aunque hace poca, todavía hará falta

⁸⁹ Penélope, en ausencia de Ulises, entretenía a sus pretendientes diciéndoles que no se casaría hasta terminar de hacer cierta tela, y deshacía por la noche lo que tejía por el día.

faltando y me pondrá en costa de tres o cuatro reales. El mejor remedio que hallo, pues el de hasta aquí no aprovecha ⁹⁰, armaré por de dentro a estos ratones malditos».

Luego buscó prestada una ratonera, y con cortezas de queso que a los vecinos pedía, contino el gato estaba armado dentro del arca. Lo cual era para mí singular auxilio. Porque, puesto caso que yo no había menester muchas salsas para comer, todavía me holgaba con las cortezas del queso que de la ratonera sacaba, e sin esto no perdonaba el ratonar del bodigo.

Como hallase el pan ratonado y el queso comido y no cayese el ratón que lo comía, dábase al diablo, preguntaba a los vecinos qué podría ser comer el queso y sacarlo de la ratonera y no caer ni quedar dentro el ratón y hallar caída la trampilla del gato.

Acordaron ⁹¹ los vecinos no ser el ratón el que este daño hacía, porque no fuera menos ⁹² de haber caído alguna vez. Díjole un vecino:

«En vuestra casa yo me acuerdo que solía andar una culebra y ésta debe de ser sin dubda. Y lleva razón, que, como es larga, tiene lugar de tomar el cebo y, aunque la coja la trampilla encima, como no entre toda dentro, tórnanse a salir».

Cuadró a todos lo que aquél dijo y alteró mucho a mi amo y dende en adelante no dormía tan a sueño suelto. Que cualquier gusano de la madera que de noche sonase, pensaba ser la culebra que le roía el arca. Luego era puesto en pie e con un garrote que a la cabecera, desde que aque-

90 «Que hallo... (será que) armaré».

91 «Estuvieron de acuerdo».

92 «No hubiera podido por menos de».

llo le dijeron, ponía, daba en la pecadora del arca grandes garrotazos, pensando espantar a la culebra. A los vecinos despertaba con el estruendo que hacía e a mí no me dejaba dormir. Ibase a mis pajas e trastornábalas y a mí con ellas, pensando que se iba para mí y se envolvía en mis pajas o en mi sayo. Porque le decían que de noche acaescía a estos animales, buscando calor, irse a las cunas donde están criaturas y aun mordellas y hacerles peligrar.

Yo las más veces hacía del dormido y en la mañana decíame él:

«¿Esta noche, mozo, no sentiste nada? Pues tras la culebra anduve y aun pienso se ha de ir para ti a la cama, que son muy frías y buscan calor».

«Plega a Dios que no me muerda, decía yo, que harto miedo le tengo».

Desta manera andaba tan elevado y levantado del sueño, que, mi fe, la culebra o culebro, por mejor decir, no osaba roer de noche ni levantarse al arca; mas de día, mientras estaba en la iglesia o por el lugar, hacía mis saltos. Los cuales daños viendo él y el poco remedio que les podía poner, andaba de noche, como digo, hecho trasgo.

Yo hube miedo que con aquellas diligencias no me topase con la llave, que debajo de las pajas tenía, y parescióme lo más seguro metella de noche en la boca. Porque ya, desde que viví con el ciego la tenía tan hecha bolsa, que me acaesció tener en ella doce o quince maravedís, todo en medias blancas, sin que me estorbasen el comer. Porque de otra manera no era señor de una blanca, que el maldito ciego no cayese con ella, no dejando costura ni remiendo que no me buscaba muy a menudo.

Pues, así como digo, metía cada noche la llave en la boca y dormía sin recelo de que el brujo de mi amo cayese con ella; mas cuando la desdicha ha de venir, por demás es la diligencia. Quisieron mis hados, o por mejor decir mis pecados, que una noche que estaba durmiendo, la llave se me puso en la boca, que abierta debía tener, de manera y tal postura, que el aire y resoplo que yo durmiendo echaba, salía por lo hueco de la llave, que de cañuto era y silbaba, según mi desastre quiso, muy recio, de tal manera que el sobresaltado de mi amo lo oyó y creyó sin duda ser el silbo de la culebra, y cierto lo debía parecer.

Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento e sonido de la culebra se llegó a mí con mucha quietud, por no ser sentido de la culebra. Y como cerca se vio, pensó que allí en las pajas, donde yo estaba echado, al calor mío se había venido. Levantando bien el palo, pensando tenerla debajo y darle tal garrotazo que la matase, con toda su fuerza me descargó en la cabeza un tan gran golpe, que sin ningún sentido y muy mal descalabrado me dejó.

Como sintió que me había dado, según yo debía hacer gran sentimiento con el fiero golpe, contaba él que se había llegado a mí, y dándome grandes voces llamándome, procuró recordarme³⁹; mas, como me tocase con las manos, tentó la mucha sangre que se me iba, y conoció el daño que me había hecho. Y con mucha priesa fue a buscar lumbre y, llegando con ella, hallóme quejando, todavía con mi llave en la boca, que nunca la desamparé, la mitad

39 «Despertarme».



Levantóse muy paso con su garrote en la mano, y al tiento e sonido de la culebra se llegó a mí... (Pág. 60.)

fuera, bien de aquella manera que debía estar al tiempo que silbaba con ella.

Espantado el matador de culebras qué podría ser aquella llave, miróla sacándomela del todo de la boca, e vio lo que era, porque en las guardas nada de la suya diferenciaba. Fue luego a proballa y con ella probó el maleficio.

Debió de decir el cruel cazador:

«El ratón y culebra que me daban guerra y me comían mi hacienda he hallado».

De lo que sucedió en aquellos tres días siguientes ninguna fe daré, porque los tuve en el vientre de la ballena ⁹⁴; mas de como esto, que he contado, oí, después que en mí torné, decir a mi amo, el cual, a cuantos allí venían lo contaba por extenso.

A cabo de tres días yo torné en mi sentido e vime echado en mis pajas, la cabeza toda emplastada y llena de aceites e ungüentos, y espantado dije:

«¿Qué es esto?»

Respondióme el cruel sacerdote:

«A fe que los ratones y culebras que me destruían ya los he cazado».

Y miré por mí y vime tan maltratado, que luego sospeché mi mal.

A esta hora entró una vieja que ensalmaba, e los vecinos. Y comiéndanme a quitar trapos de la cabeza y curar el garrotazo. Y como me hallaron vuelto en mi sentido, holgáronse mucho y dijeron:

⁹⁴ Alusión a Jonás (*Evangelio de San Mateo*, XII, 39-41; *Jonás*, II, 1: III, 5).

«Pues ha tornado en su acuerdo, placera a Dios no será nada».

Ahí tornaron de nuevo a contar mis cuitas y a reirlas, y yo, pecador, a llorarlas. Con todo esto, diéronme de comer, que estaba transido de hambre y apenas me pudieron remediar. Y así, de poco en poco, a los xv días me levanté y estuve sin peligro (mas no sin hambre) y medio sano.

Luego otro día, que fui levantado, el señor mi amo me tomó por la mano y sacóme la puerta afuera y, puesto en la calle, díjome:

«Lázaro, de hoy más eres tuyo y no mío. Busca amo y vete con Dios; que no quiero en mi compañía tan diligente servidor. No es posible sino que hayas sido mozo de ciego».

E santiguándose de mí, como si yo estuviera endemoniado, se torna a meter en casa y cierra su puerta.



T R A T A D O T E R C E R O

DE COMO LAZARO SE ASENTÓ CON UN ESCUDERO
Y DE LO QUE LE ACAESCIO CON EL

Desta manera me fué forzado sacar fuerzas de flaqueza, y poco a poco, con ayuda de las buenas gentes, di conmigo en esta insigne ciudad de Toledo. adonde, con la merced de Dios, dende a ⁹⁵ quince días se me cerró la herida. Y mientras estaba malo, siempre me daban alguna limosna; mas después que estuve sano, todos me decían:

«Tú, vellaco y gallofero ⁹⁶ eres. Busca, busca un buen amo a quien sirvas».

«¿Y adónde se hallaré ése, decía yo entre mí, si Dios agora de nuevo, como crió el mundo, no lo criase?»

Andando así discurriendo ⁹⁷ de puerta en puerta, con harto poco remedio, porque ya la caridad se subió al cielo ⁹⁸. topóme Dios con un escudero. que iba por la calle, con razonable vestido, bien peinado, su paso y compás en orden. Miróme y yo a él y díjome:

«Mochacho, ¿buscas amo?»

Yo le dije:

«Sí, señor».

«Pues vente tras mí, me respondió, que Dios te ha hecho merced en topar conmigo. Alguna buena oración rezaste hoy».

95 «Después de».

96 El que anda a la gallofa, a la sopa boba, sin trabajar.

97 «Andando de un lugar a otro».

98 Recuerdo de la leyenda de Astrea o la justicia.

Y seguíle dando gracias a Dios, por lo que le oí y también que me parecía, según su hábito y continente, ser el que yo había menester.

Era de mañana, cuando este mi tercero amo topé. Y llevóme tras sí gran parte de la ciudad. Pasamos por las plazas donde se vendía pan y otras provisiones. Yo pensaba, y aun deseaba, que allí me quería cargar de lo que se vendía, porque ésta era propria hora cuando se suele proveer de lo necesario; mas muy a tendido paso pasaba por estas cosas.

«Por ventura no lo vee aquí a su contento, decía⁹⁹ yo, y querrá que lo compremos en otro cabo».

Desta manera anduvimos hasta que dio⁹⁹ las once. Entonces se entró en la iglesia mayor, y yo tras él, y muy devotamente le vi oír misa y los otros oficios divinos, hasta que todo fue acabado y la gente ida. Entonces salimos de la iglesia.

A buen paso tendido comenzamos a ir por una calle abajo. Yo iba el más alegre del mundo en ver que no nos habíamos ocupado en buscar de comer. Bien consideré que debía ser hombre, mi nuevo amo, que se proveía en junto, y que ya la comida estaría a punto y tal como yo la deseaba y aun la había menester.

En este tiempo dio el reloj la una después de medio día, y llegamos a una casa, ante la cual mi amo se paró, y yo con él, y, derribando el cabo de la capa sobre el lado izquierdo, sacó una llave de la manga y abrió su puerta y entramos en casa. La cual tenía la entrada obscura y ló-

99 «Dio (el reloj) las once».

brega de tal manera, que parecía que ponía temor a los que en ella entraban; aunque dentro della estaba un patio pequeño y razonables cámaras.

Desde ¹⁰⁰ fuimos entrados, quita de sobre sí su capa, y, preguntando si tenía las manos limpias, la sacudimos y doblamos y, muy limpiamente, soplando un poyo que allí estaba, la puso en él. Y hecho esto, sentóse cabo ¹⁰¹ della, preguntándome muy por extenso de dónde era y cómo había venido a aquella ciudad.

Y yo le di más larga cuenta que quisiera, porque me parecía más conveniente hora de mandar poner la mesa y escudillar la olla que de lo que me pedía. Con todo eso, yo le satisfice de mi persona lo mejor que mentir supe, diciendo mis bienes y callando lo demás, porque me parecía no ser para en cámara. Esto hecho, estuvo así un poco y yo luego vi mala señal, por ser ya casi las dos y no le ver más aliento de comer que a un muerto.

Después desto, consideraba aquel tener cerrada la puerta con llave ni sentir arriba ni abajo pasos de viva persona por la casa. Todo lo que yo había visto eran paredes, sin ver en ella silleta, ni tajo, ni banco, ni mesa, ni aun tal arcaz como el de marras. Finalmente, ella parecía casa encantada. Estando así, díjome:

«Tú, mozo, ¿has comido?»

«No, señor, dije yo, que aún no eran dadas las ocho cuando con vuestra merced encontré».

«Pues aunque de mañana, yo había almorzado y, cuan-

100 «Después que», «desde que», «de que».

101 «Junto», «al lado de».

do así como algo, hágote saber que hasta la noche me estoy así. Por eso, pásate como pudieres, que después cenaremos».

Vuestra merced crea, cuando esto le oí, que estuve en poco de caer de mi estado, no tanto de hambre como por conocer de todo en todo la fortuna serme adversa. Allí se me representaron de nuevo mis fatigas y torné a llorar mis trabajos; allí se me vino a la memoria la consideración que hacía cuando me pensaba ir del clérigo, diciendo que, aunque aquel era desventurado y mísero, por ventura toparía con otro peor. Finalmente, allí lloré mi trabajosa vida pasada y mi cercana muerte venidera.

Y con todo, disimulando lo mejor que pude, dije:

«Señor, mozo soy, que no me fatigo mucho por comer, bendito Dios. Deso me podré yo alabar entre todos mis iguales por de mejor garganta y así fui yo loado della fasta hoy día de los amos que yo he tenido».

«Virtud es ésa, dijo él, y por eso te querré yo más, porque el hartar es de los puercos y el comer regladamente es de los hombres de bien».

«¡Bien te he entendido!, dije yo entre mí. ¡Maldita tanta medicina y bondad como aquestos mis amos que yo hallo hallan en la hambre!»

Púseme a un cabo del portal y saqué unos pedazos de pan del seno, que me habían quedado de los de por Dios. El, que vio esto, díjome:

«Ven acá, mozo. ¿Qué comes?»

Yo lleguéme a él y mostréle el pan. Tomóme él un pedazo, de tres que eran, el mejor y más grande. Y díjome:

«Por mi vida, que parece éste buen pan».

«¡Y cómo! agora, dije yo, señor, ¿es bueno?»

«Sí, a fe, dijo él. ¿Adónde lo hubiste? ¿Si es amasado de manos limpias?»

«No sé yo eso, le dije; mas a mí no me pone asco el sabor dello».

«Así plega a Dios», dijo el pobre de mi amo.

Y llevándolo a la boca, comenzó a dar en él tan fieros bocados, como yo en lo otro.

«Sabrosísimo pan está, dijo, por Dios».

Y como le sentí de qué pie coxqueaba, díme priesa. Porque le vi en disposición, si acababa antes que yo, se comediría a ayudarme a lo que me quedase. Y con esto acabamos casi a una. Y mi amo comenzó a sacudir con las manos unas pocas de migajas y bien menudas, que en los pechos se le habían quedado, y entró en una camareta, que allí estaba, y sacó un jarro desbocado y no muy nuevo y desde que hubo bebido, convidóme con él. Yo, por hacer del continente, dije:

«Señor, no bebo vino».

«Agua es, me respondió. Bien puedes beber».

Entonces tomé el jarro y bebí. No mucho, porque de sed no era mi congoja.

Así estuvimos hasta la noche, hablando en cosas que me preguntaba, a las cuales yo le respondí lo mejor que supe. En este tiempo, metióme en la cámara, donde estaba el jarro de que bebimos, y díjome:

«Mozo, párate allí y verás cómo hacemos esta cama, para que la sepas hacer de aquí adelante».

Púseme de un cabo y él del otro y hicimos la negra cama. En la cual no había mucho que hacer. Porque ella tenía sobre unos bancos un cañizo, sobre el cual estaba

tendida la ropa, encima de un negro colchón. Que por no estar muy continuado a lavarse, no parecía colchón, aunque servía dél, con harta menos lana que era menester. Aquél tendimos, haciendo cuenta de ablandalle. Lo cual era imposible, porque de lo duro mal se puede hacer blando. El diablo del enxalma¹⁰², maldita la cosa tenía dentro de sí. Que puesto sobre el cañizo, todas las cañas se señalaban, y parecían a lo propio entrecuesto¹⁰³ de flaquísimo puerco. Y sobre aquel hambriento colchón un alfamar¹⁰⁴ del mismo jaez, del cual el color yo no pude alcanzar.

Hecha la cama y la noche venida, díjome: «Lázaro, ya es tarde y de aquí a la plaza hay gran trecho. También en esta ciudad andan muchos ladrones, que siendo de noche, capean¹⁰⁵. Pasemos como podamos y mañana, venido el día, Dios hará merced. Porque yo por estar solo no estoy proveído; antes he comido estos días por allá fuera. Mas agora lo hacemos de otra manera».

«Señor, de mí, dije yo, ninguna pena tenga vuestra merced, que sé pasar una noche y aún más, si es menester, sin comer».

«Vivirás más y más sano», me respondió. «Porque como decíamos hoy, no hay tal cosa en el mundo para vivir mucho que comer poco».

«Si por essa vía es, dije entre mí, nunca yo moriré, que siempre he guardado esa regla por fuerza y aun espero en mi desdicha tenella toda mi vida».

Y acostóse en la cama, poniendo por cabecera las cal-

102 «Colchón» o «jalma».

103 «Espinazo».

104 «Cobertor, manta».

105 «Quitán capas».

zas y el jubón. Y mandóme echar a sus pies, lo cual yo hice. Mas, ¡maldito el sueño que yo dormí! Porque las cañas y mis salidos huesos en toda la noche dejaron de rifar ¹⁰⁶ y encenderse; que con mis trabajos, males y hambre, pienso que en mi cuerpo no había libra de carne, y también, como aquel día no había comido casi nada, rabiaba de hambre, la cual con el sueño no tenía amistad. Maldíjeme mil veces (¡Dios me lo perdone!) y a mi ruin fortuna, allí lo más de la noche, e lo peor, no osándome revolver por no despertalle, pedí a Dios muchas veces la muerte.

La mañana venida, levantámonos e comienza a limpiar y sacudir sus calzas y jubón y sayo y capa. ¡Y yo, que le servía de pelillo! ¹⁰⁷ Y vístese muy a su placer de espacio. Echéle aguamanos, peinóse y puso su espada en el talavarte y al tiempo que la ponía díjome:

«¡O si supieses, mozo, qué pieza es ésta! No hay marco de oro ¹⁰⁸ en el mundo por que yo la diese. Mas así, ninguna de cuantas Antonio ¹⁰⁹ hizo, no acertó a ponelle los aceros tan prestos como ésta los tiene».

Y sacóla de la vaina y tentóla con los dedos, diciendo: «¿Vesla aquí? Yo me obligo con ella cercenar un copo de lana».

Y yo dije entre mí: «E yo con mis dientes, aunque no son de acero, un pan de cuatro libras».

Tornóla a meter e ciñóselas, y un sartal de cuentas gruesas del talavarte. Y con un paso sosegado y el cuerpo derecho, haciendo con él y con la cabeza muy gentiles me-

106 «Refir».

107 «De cerimonia», «de cumplido».

108 Peso, medida del oro.

109 Famoso espadero, que hizo la espada llamada de la Reina Católica.

neos, echando el cabo de la capa sobre el hombro y a veces so el brazo, y poniendo la mano derecha en el costado, salió por la puerta, diciendo:

«Lázaro, mira por la casa en tanto que voy a oír misa, e haz la cama y ve por la vasiya de agua al río, que aquí bajo está, y cierra la puerta con llave, no nos hurten algo, y ponla aquí al quicio, porque, si yo viniere en tanto, pueda entrar».

Y súbese por la calle arriba con tan gentil semblante y continente, que quien no le conociera pensara ser muy cercano pariente del conde Alarcos¹¹⁰, o a lo menos camarero que le daba de vestir.

«¡Bendito seáis vos, Señor, quedé yo diciendo; que dais la enfermedad y ponéis el remedio! ¿Quién encontrara a aquel mi señor que no piense, según el contento de sí lleva, haber anoche bien cenado y dormido en buena cama, y, aunque agora es de mañana, no le cuenten por muy bien almorzado? ¡Grandes secretos son, Señor, los que vos hacéis y las gentes ignoran! ¿A quién no engañara aquella buena disposición y razonable capa y sayo? ¡Y quién pensara que aquel gentil hombre se pasó ayer todo el día sin comer, con aquel mendrugo de pan, que su criado Lázaro trujo un día y una noche en el arca de su seno, do no se le podía pegar mucha limpieza, y hoy, lavándose las manos y cara, a falta de paño de manos, se hacía servir de la halda del sayo! Nadie por cierto lo sospechara. ¡O Señor, y cuántos de aquéstos debéis vos tener por el mundo derramados, que padecen por la negra que llaman honra, lo que por vos no sufrirían!»

¹¹⁰ Alusión al conde de los romances, y a otros camareros citados en los romances del Conde Claros de Montalbán.

Ansí estaba yo a la puerta, mirando y considerando estas cosas y otras muchas, hasta que el señor mi amo traspuso la larga y angosta calle. Y como le vi trasponer, tornéme a entrar en casa y en un credo la anduve toda, alto y bajo, sin hacer represa ni hallar en qué. Hago la negra dura cama y tomo el jarro y doy comigo en el río, donde en una huerta vi a mi amo en gran requesta con dos rebozadas mujeres, al parescer de las que en aquel lugar no hacen falta; antes muchas tienen por estilo de irse a las mañanicas del verano a refrescar y almorzar sin llevar qué, por aquellas frescas riberas, con confianza que no ha de faltar quién se lo dé, según las tienen puestas en esta costumbre aquellos hidalgos del lugar.

Y como digo, él estaba entre ellas, hecho un Macías ¹¹¹, diciéndoles más dulzuras que Ovidio escribió ¹¹². Pero, como sintieron dél que estaba bien enternecido, no se les hizo de vergüenza pedirle de almorzar con el acostumbrado pago.

El, sintiéndose tan frío de bolsa cuanto estaba caliente del estómago, tomóle tal calofrío, que le robó la color del gesto y comenzó a turbarse en la plática y a poner excusas no válidas. Ellas, que debían ser bien instituídas ¹¹³, como le sintieron la enfermedad, dejáronle para el que era.

Yo, que estaba comiendo ciertos tronchos de berzas, con los cuales me desayuné, con mucha diligencia, como mozo nuevo, sin ser visto de mi amo, torné a casa. De la cual pensé barrer alguna parte, que era bien menester; mas no hallé

¹¹¹ Legendario enamorado, celebrado en varias obras de la Literatura española.

¹¹² En el *Ars amandi*, seguramente.

¹¹³ Latinismo: «enseñadas».

con qué. Púseme a pensar qué haría y parescióme esperar a mi amo hasta que el día demediase y si viniese y por ventura trajese algo que comiésemos; mas en vano fue mi experiencia.

Desque vi ser las dos y no venía y la hambre me aquejaba, cierro mi puerta y pongo la llave do mandó y tórnome a mi menester ¹¹⁴. Con baja y enferma voz e inclinadas mis manos en los senos, puesto Dios ante mis ojos y la lengua en su nombre, comienzo a pedir pan por las puertas y casas más grandes que me parecía. Mas, como yo este oficio le hobiese mamado en la leche, quiero decir que con el gran maestro, el ciego, lo aprendí, tan suficiente discípulo salí que, aunque en este pueblo no había caridad ni el año fuese muy abundante, tan buena maña me di, que, antes que el reloj diese las cuatro, ya yo tenía otras tantas libras de pan ensiladas ¹¹⁵ en el cuerpo y más de otras dos en las mangas y senos. Volvíme a la posada y al pasar por la tripería pedí a una de aquellas mujeres y diome un pedazo de uña de vaca con otras pocas de tripas cocidas.

Cuando llegué a casa, ya el bueno de mi amo estaba en ella, doblada su capa y puesta en el poyo, y él paseándose por el patio. Como entro, vínose para mí. Pensé que me quería reñir la tardanza; mas mejor lo hizo Dios.

Preguntóme dó venía:

Yo le dije:

«Señor, hasta que dio las dos estuve aquí y de que vi que V. M. no venía, fuime por esa ciudad a encomendarme a las buenas gentes y hanme dado esto que veis».

¹¹⁴ Su oficio de mendigo.

¹¹⁵ «Metidas, guardadas», como el trigo se guarda en «silos».

Mostréle el pan y las tripas, que en un cabo del halda traía, a la cual él mostró buen semblante y dijo:

«Pues, esperado te he a comer, y, de que vi que no veniste, comí. Mas tú haces como hombre de bien en eso. Que más vale pedillo por Dios, que no hurtallo. Y así El me ayude, como ello me paresce bien, y solamente te encomiendo no sepan que vives conmigo por lo que toca a mi honra. Aunque bien creo que será secreto, según lo poco que en este pueblo soy conocido. ¡Nunca a él yo hubiera de venir!»

«De eso pierda, señor. cuidado, le dije yo, que maldito aquel que ninguno tiene de pedirme esa cuenta ni yo de dalla».

«Agora, pues, come, pecador. Que, si a Dios plazze, presto nos veremos sin necesidad. Aunque te digo que, después que en esta casa entré, nunca bien me ha ido. Debe ser de mal suelo. Que hay casas desdichadas y de mal pie ¹¹⁶, que a los que viven en ellas pegan la desdicha. Esta debe de ser sin dubda de ellas; mas yo te prometo, acabado el mes, no quede en ella, aunque me la den por mía».

Sentéme al cabo del poyo y, porque no me tuviese por glotón, callé la merienda ¹¹⁷. Y comienzo a cenar y morder en mis tripas y pan y disimuladamente miraba al desventurado señor mío, que no partía sus ojos de mis faldas, que aquella sazón servían de plato.

Tanta lástima haya Dios de mí, como yo había dél, por-

¹¹⁶ «De mal agüero»; que se pone mal el pie al entrar. Superstición que todavía dura.

¹¹⁷ Merienda. Llama así al pan comido mientras podía, aunque no era por la tarde, tiempo de la comida llamada merienda.

que sentí lo que sentía y muchas veces había por ello pasado y pasaba cada día. Pensaba si sería bien comedirme a convidalle; mas, por me haber dicho que había comido, temíame no aceptaría el convite. Finalmente, yo deseaba aquel pecador ayudase a su trabajo del mío y se desayunase como el día antes hizo, pues había mejor aparejo, por ser mejor la vianda y menos mi hambre.

Quiso Dios cumplir mi deseo y aun pienso que el suyo; porque como comencé a comer y él se andaba paseando, llegóse a mí y díjome:

«Dígame, Lázaro, que tienes en comer la mejor gracia, que en mi vida vi a hombre, y que nadie te lo verá hacer que no le pongas gana, aunque no la tenga».

«La muy buena que tú tienes, dije yo entre mí, te hace parecer la mía hermosa».

Con todo, parescióme ayudarle, pues se ayudaba y me abría camino para ello, y díjele:

«Señor, el buen aparejo hace buen artífice. Este pan está sabrosísimo y esta uña de vaca tan bien cocida y sazónada, que no habrá a quien no convide con su sabor».

«¿Uña de vaca es?»

«Sí, señor».

«Dígame que es el mejor bocado del mundo y que no hay faisán que así me sepa».

«Pues pruebe, señor, y verá qué tal está».

Póngole en las uñas la otra y tres o cuatro raciones de pan de lo más blanco. Y asentóseme al lado y comienza a comer como aquel que lo había gana, royendo cada huecillo de aquéllos mejor que un galgo suyo lo hiciera.

«Con almodrote ¹¹⁸, decía, es éste singular manjar».

«Con mejor salsa lo comes tú», respondí yo paso.

«Por Dios, que me ha sabido como si hoy no hubiera comido bocado».

«¡Ansí me vengan los buenos años como es ello», dije yo entre mí.

Pidióme el jarro del agua y díselo como lo había traído. Es señal que, pues no le faltaba el agua, que no le había a mi amo sobrado la comida. Bebimos y muy contentos nos fuimos a dormir, como la noche pasada.

Y por evitar prolijidad, desta manera estuvimos ocho o diez días, yéndose el pecador en la mañana con aquel contento y paso contado a papar aire por las calles, teniendo en el pobre Lázaro una cabeza de lobo ¹¹⁹.

Contemplaba yo muchas veces mi desastre: que, escapando de los amos ruines que había tenido, y buscando mejoría, viniese a topar con quien no sólo no me mantuviese, mas a quien yo había de mantener. Con todo, le quería bien, con ver que no tenía ni podía más. Y antes le había lástima que enemistad. Y muchas veces, por llevar a la posada con que él lo pasase, yo lo pasaba mal.

Porque una mañana, levantándose el triste en camisa, subió a lo alto de la casa a hacer sus menesteres ¹²⁰ y, en tanto, yo, por salir de sospechas, desenvolvile el jubón

118 Salsa, hecha con aceite, ajos, queso, etc., para sazonar, principalmente las berenjenas.

119 Pretexto para pedir y obtener limosna. Alude a la costumbre que tenían los que mataban un lobo de pedir por los pueblos de alrededor, enseñando la cabeza del animal; costumbre que todavía dura en algunos pueblos de España.

120 Solían hacerlas en el desván de las casas, en vasos a propósito que sacaban al muladar, o se arrojaban por las ventanas a la calle, avisando con el conocido grito «¡Agua va!».

y las calzas, que a la cabecera dejó, y hallé una bolsilla de terciopelo raso, hecho cien dobleces y sin maldita la blanca ni señal que la obiese tenido mucho tiempo.

«Este, decía yo, es pobre y nadie da lo que no tiene; mas el avariento ciego y el malaventurado mezquino clé-rigo, que, con dárselo Dios a ambos, al uno de mano be-sada ¹²¹ y al otro de lengua suelta ¹²², me mataban de ham-bre, aquéllos es justo desamar y aquéste de haber man-cilla» ¹²³.

Dios me es testigo que hoy día, cuando topo con algu-no de su hábito con aquel paso y pompa, le he lástima con pensar si padece lo que aquél le vi sufrir. Al cual, con toda su pobreza, holgaría de servir más que a los otros, por lo que he dicho. Sólo tenía dél un poco de descon-tento: que quisiera yo que no tuviera tanta presunción; mas que abajara un poco su fantasía con lo mucho que subía su necesidad. Mas según me parece, es regla ya entre ellos usada y guardada: aunque no haya cornado de true-co ¹²⁴, ha de andar el birrete en su lugar. El Señor lo re-medie, que ya con este mal han de morir.

Pues estando yo en tal estado, pasando la vida que digo, quiso mi mala fortuna, que de perseguirme no era satisfecha, que en aquella trabajada y vergonzosa vivienda no durase. Y fue como el año en esta tierra fuese estéril de pan, acordaron el ayuntamiento ¹²⁵ que todos los pobres

121 Al llevar la ofrenda al cura se le besaba la mano.

122 Por la facundia del ciego, al pedir.

123 Lástima.

124 Cornado. Moneda antigua de cobre, con una cuarta parte de plata, que tenía grabada una corona, y corrió en tiempo de Sancho IV y sus sucesores, hasta los Reyes Católicos. Los más antiguos valían un cuarto y un maravedí; los más modernos, menos de la mitad.

125 Colectivo, por eso verbo en plural.

extranjeros se fuesen de la ciudad, con pregón que el que de allí adelante topasen, fuese punido ¹²⁶ con azotes. Y así, ejecutando la ley, desde a cuatro días que el pregón se dio, vi llevar una procesión de pobres azotando por las Cuatro Calles. Lo cual me puso tan gran espanto, que nunca osé desmandarme a demandar.

Aquí viera, quien vello pudiera, la abstinencia de mi casa y la tristeza y silencio de los moradores; tanto, que nos acaesció estar dos o tres días sin comer bocado ni hablaba palabra. A mí diéronme la vida unas mujercillas hilanderas de algodón, que hacían bonetes y vivían par de nosotros, con las cuales yo tuve vecindad y conocimiento. Que de la lazeria, que les traían, me daban alguna cosilla, con la cual muy pasado me pasaba.

Y no tenía tanta lástima de mí como del lastimado de mi amo, que en ocho días maldito el bocado que comió. A lo menos en casa bien lo estuvimos sin comer. No sé yo cómo o dónde andaba y qué comía. ¡Y velle venir a mediodía la calle abajo, con estirado cuerpo, más largo que galgo de buena casta! Y por lo que toca a su negra, que dicen, honra, tomaba una paja, de las que aun asaz no había en casa, y salía a la puerta escarbando los dientes, que nada entre sí tenían, quejándose todavía de aquel mal solar, diciendo:

«Malo está de ver, que la desdicha desta vivienda lo hace. Como ves, es lóbrega, triste, obscura. Mientras aquí estuviéremos, hemos de padecer. Ya deseo que se acabe este mes por salir della».

Pues estando en esta afligida y hambrienta persecución,

126 Latinismo, «castigado».

un día, no sé por cuál dicha o ventura, en el pobre poder de mi amo entró un real. Con el cual él vino a casa tan ufano como si tuviera el tesoro de Venecia¹²⁷ y con gesto muy alegre y risueño me lo dio, diciendo:

«Toma, Lázaro, que Dios ya va abriendo su mano. Ve a la plaza y merca pan y vino y carne: ¡quebrems el ojo al diablo¹²⁸! Y más te hago saber, porque te huelgues: que he alquilado otra casa y en esta desastrada no hemos de estar más que en cumpliendo el mes. ¡Maldita sea ella y el que en ella puso la primera teja, que con mal en ella entré! Por nuestro Señor, cuanto ha que en ella vivo, gota de vino ni bocado de carne no he comido ni he habido descanso ninguno; mas, ¡tal vista tiene y tal obscuridad y tristeza! Ve y ven presto y comamos hoy como condes».

Tomo mi real y jarro y, a los pies dándoles priesa, comienzo a subir mi calle encaminando mis pasos para la plaza, muy contento y alegre. Mas ¿qué me aprovecha, si está constituído en mi triste fortuna que ningún gozo me venga sin zozobra? Y así fue éste. Porque yendo la calle arriba, echando mi cuenta en lo que le emplearía que fuese mejor y más provechosamente gastado, dando infinitas gracias a Dios que a mi amo había hecho con dinero, a desora me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traían.

Arriméme a la pared, por darles lugar y, desde que el cuerpo pasó, venía luego a par del lecho una que debía

127 Tesoro de Venecia, colección artística famosa que data del siglo XII, enriquecida después, sobre todo tras la conquista de Constantinopla. Sus piezas más interesantes son de arte bizantino. Ejemplo: San Marcos de plata, 1064; y cátedra de San Marcos. (Véase Parini, *Le Tesor de Saint Marc a Venice*, Venecia, 1875.)

128 Hacer estrena en algo (Correas, *Vocabulario*). «Hacer lo mejor, más justo y razonable» (Dic. Academia).

ser mujer del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mujeres: la cual iba llorando a grandes voces y diciendo:

«Marido y señor mío, ¿adónde os me llevan? ¡A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben!»

Yo, que aquello oí, juntóseme el cielo con la tierra y dije:

«¡O desdichado de mí! Para mi casa llevan este muerto».

Dejo el camino que llevaba y hendí por medio de la gente y vuelvo por la calle abajo a todo el más correr que pude para mi casa. Y entrando en ella, cierro a grande priesa, invocando el auxilio y favor de mi amo, abrazándome dél, que me venga ayudar y a defender la entrada. El cual, algo alterado, pensando que fuese otra cosa, me dijo:

«¿Qu'es eso, mozo? ¿Qué voces das? ¿Qué has? ¿Por qué cierras la puerta con tal furia?»

«¡O señor, dije yo, acuda aquí, que nos traen acá un muerto!»

«¿Cómo así?», respondió él.

«Aquí arriba lo encontré y venía diciendo su mujer: ¡Marido y señor mío! ¿Adónde os llevan? ¡A la casa lóbrega y oscura, a la casa triste y desdichada, a la casa donde nunca comen ni beben! Acá, señor, nos le traen».

Y ciertamente, cuando mi amo esto oyó, aunque no tenía por qué estar muy risueño, rió tanto, que muy gran rato estuvo sin poder hablar. En este tiempo tenía yo echa-

de la aldaba a la puerta y puesto el hombro en ella por más defensa. Pasó la gente con su muerto e yo todavía me recelaba que nos lo habían de meter en casa. Y desde que fue ya más harto de reir que de comer el bueno de mi amo, díjome:

«Verdad es, Lázaro; según úla viuda lo va diciendo, tú tuviste razón de pensar lo que pensaste; mas, pues Dios lo ha hecho mejor y pasan adelante, abre, abre y ve por *de comer*».

«Dejálos, señor, acaben de pasar la calle», dije yo.

Al fin vino mi amo a la puerta de la calle, y ábrela esforzándome, que bien era menester, según el miedo y alteración y me torno a encaminar. Mas, aunque comimos bien aquel día, maldito el gusto yo tomaba en ello. Ni en aquellos tres días torné en mi color. Y mi amo, muy risueño, todas las veces que se le acordaba aquella mi consideración.

De esta manera estuve con mi tercero y pobre amo, que fue este escudero, algunos días, y en todos deseando saber la intención de su venida y estada en esta tierra. Porque desde el primer día que con él asenté, le conocí ser extranjero, por el poco conocimiento y trato que con los naturales della tenía.

Al fin se cumplió mi deseo y supe lo que deseaba. Porque un día que habíamos comido razonablemente y estaba algo contento, contóme su hacienda y díjome ser de Castilla la Vieja y que había dejado su tierra no más de por no quitar el bonete a un caballero su vecino.

«Señor, dije yo, si él era lo que decís y tenía más que

vos, ¿no errábades en no quitárselo primero, pues decís que él también os lo quitaba?»

«Sí es y sí tiene y también me lo quitaba él a mí; mas, de cuantas veces yo se le quitaba primero, no fuera malo comedirse él alguna y ganarme por la mano».

«Parésceme, señor, le dije yo, que en eso no mirara, mayormente con mis mayores que yo y que tienen más».

«Eres mochacho, me respondió, y no sientes las cosas de la honra, en que el día de hoy está todo el caudal de los hombres de bien. Pues te hago saber que yo soy, como vees, un escudero; mas ¡vótote a Dios!, si al conde topo en la calle y no me quita muy bien quitado el bonete, que otra vez que venga, me sepa yo entrar en una casa, fingiendo yo en ella algún negocio, o atravesar otra calle, si la hay, antes que llegue a mí, por no quitárselo. Que un hidalgo no debe a otro que a Dios y al rey nada, ni es justo, siendo hombre de bien, se descuide un punto de tener en mucho su persona.

Acuérdome que un día deshonré en mi tierra a un oficial y quise poner en él las manos, porque cada vez que le topaba, me decía:

Mantenga Dios a vuestra merced.

Vos, don villano ruín, le dije yo, ¿por qué no sois bien criado? ¿«Manténgaos Dios», me habéis de decir, como si fuese quienquiera?

De allí adelante, de aquí acullá, me quitaba el bonete y hablaba como debía».

«¿Y no es buena manera de saludar un hombre a otro, dije yo, decirle que le mantenga Dios?»

«¡Mirá mucho de enoramala!, dijo él! A los hombres de poca arte dicen eso; mas a los más altos, como yo, no les han de hablar menos de: «Beso las manos de vuestra merced», o por lo menos: «Bésoos, señor, las manos», si el que me habla es caballero. Y así, aquél de mi tierra, que me atestaba ¹²⁹ de mantenimiento, nunca más le quise sufrir, ni sufriría, ni sufriré a hombre del mundo, del rey abajo, que: «Manténgaos Dios», me diga».

«Pecador de mí, dije yo, por eso tiene tan poco cuidado de mantenerte, pues no sufres que nadie se lo ruegue».

«Mayormente, dijo, que no soy tan pobre que no tenga en mi tierra un solar de casas, que a estar en pie y bien labradas, diez y seis leguas de donde nací, en aquella costanilla de Valladolid, valdrían más de doscientas veces mil maravedís, egún se podrían hacer grandes y buenas. Y tengo un palomar que, a no estar derribado como está, daría cada año más de doscientos palominos. Y otras cosas, que me callo, que dejé, por lo que tocaba a mi honra.

Y vine a esta ciudad pensando que hallaría un buen asiento; mas no me ha sucedido como pensé. Canónigos y señores de la iglesia, muchos hallo: mas es gente tan limitada que no los sacaran de su paso todo el mundo. Caballeros de media talla también me ruegan; mas servir con éstos es gran trabajo. Porque de hombre os habéis de convertir en malilla ¹³⁰ y, si no, «Andá con Dios», os dicen. Y las más veces son los pagamentos a largos plazos y las más y las más ciertas, comido por servido. Ya, cuando quieren reformar consciencia y satisfaceros vuestros sudo-

¹²⁹ «Llenar», «hartar».

¹³⁰ Servir para todo, como la «malilla» en el juego de naipes sirve para todos los palos.

res, sois librados en la recámara ¹³¹, en un sudado jubón o raída capa o sayo. Ya, cuando asienta un hombre con un señor de título, todavía pasa su laceria. ¿Pues, por ventura no hay en mí habilidad para servir y contentar a éstos? Por Dios, si con él topase, muy gran su privado pienso que fuese y que mil servicios le hiciese, porque yo sabría mentille tan bien como otro y agradalle a las mil maravillas.

Reilleía ¹³¹ bis mucho sus donaires y costumbres, aunque no fuesen las mejores del mundo. Nunca decirle cosa que le pesase, aunque mucho le cumpliese. Ser muy diligente en su persona, en dicho y hecho. No me matar por no hacer bien las cosas que él no había de ver. Y ponerme a reñir, donde lo oyese, con la gente de servicio, porque pareciese tener gran cuidado de lo que a él tocaba. Si riñese con algún su criado, dar unos puntillos agudos para le encender la ira y que pareciesen en favor del culpado. Decirle bien de lo que bien le estuviese y, por el contrario, ser malicioso, mofador, malsinar ¹³² a los de casa y a los de fuera, pesquisar y procurar de saber vidas ajenas para contárselas, y otras muchas galas de esta calidad, que hoy día se usan en palacio y a los señores dél parecen bien. Y no quieren ver en sus casas hombres virtuosos; antes los aborrescen y tienen en poco y llaman nescios y que no son personas de negocios ni con quien el señor se puede descuidar. Y con éstos los astutos usan, como digo, el día de hoy, de lo que yo usaría; mas no quiere mi ventura que le halle».

131 Dar el sueldo en ropa usada, guardada en la recámara.

131 bis «Reirle hía», «Le reiría».

132 «Chismorrear».

Desta manera lamentaba también su adversa fortuna mi amo, dándome relación de su persona valerosa ¹³³.

Pues estando en esto, entró por la puerta un hombre y una vieja. El hombre le pide el alquiler de la casa y la vieja el de la cama. Hacen cuenta y de dos meses le alcanzaron ¹³⁴ lo que él en un año no alcanzara. Pienso que fueron doce o trece reales. Y él les dio muy buena respuesta: que saldría a la plaza a trocar una pieza de a dos y que a la tarde volviesen; mas su salida fue sin vuelta.

Por manera que a la tarde ellos volvieron; mas fue tarde. Yo les dije que aún no era venido. Venida la noche y él no, yo hube miedo de quedar en casa solo y fuime a las vecinas y contéles el caso y allí dormí.

Venida la mañana, los acreedores vuelven y preguntan por el vecino; mas a estotra puerta ¹³⁵. Las mujeres les responden:

«Veis aquí su mozo y la llave de la puerta».

Ellos me preguntaron por él, y díjeles que no sabía adónde estaba y que tampoco había vuelto a casa, desde que salió a trocar la pieza y que pensaba que de mí y de ellos se había ido con el truco.

De que esto me oyeron, van por un alguacil y un escribano. Y helos do vuelven luego con ellos y toman la llave y llámanme y llaman testigos y abren la puerta y entran a embargar la hacienda de mi amo hasta ser pagados de su deuda. Anduvieron toda la casa y halláronla desembarazada, como he contado, y dícenme:

133 «De valer».

134 En la cuenta; es decir, les debía.

135 O sea, que no está en su casa, y han de llamar a la otra.

«¿Qué es de la hacienda de tu amo, sus arcas y paños de pared y alhajas de casa?»

«No sé yo eso», les respondí.

«Sin duda, dicen, esta noche lo deben de haber alzado y llevado a alguna parte. Señor alguacil, prended a este mozo, que él sabe dónde está».

En esto vino el alguacil y echóme mano por el collar del jubón, diciendo:

«Mochacho, tú eres preso si no descubres los bienes deste tu amo».

Yo, como en otra tal no me hubiese visto (porque asido del collar sí había sido muchas e infinitas veces; mas era mansamente dél trabado para que mostrase el camino al que no vía), yo hube mucho miedo y llorando prometile de decir lo que preguntaban.

«Bien está, dicen ellos. Pues di todo lo que sabes y no hayas temor».

Sentóse el escribano en un poyo para escribir el inventario, preguntándome qué tenía.

«Señores, dije yo, lo que este mi amo tiene, según él me dijo, es un muy buen solar de casas y un palomar derribado».

«Bien está, dicen ellos. Por poco que eso valga, hay para nos entregar de la deuda. ¿Y a qué parte de la ciudad tiene eso?», me preguntaron.

«En su tierra», les respondí.

«Por Dios, que está bueno el negocio, dijeron ellos. ¿Y adónde es su tierra?»

«De Castilla la Vieja me dijo él que era», les dije yo. Riéronse mucho el alguacil y el escribano, diciendo:

«Bastante relación es ésta para cobrar vuestra deuda, aunque mejor fuese».

Las vecinas que estaban presentes, dijeron:

«Señores, éste es un niño inocente y ha pocos días que está con ese escudero y no sabe dél más que vuestras mercedes; sino cuanto el pecadorcico se llega aquí a nuestra casa y le damos de comer lo que podemos por amor de Dios y a las noches se iba a dormir con él».

Vista mi inocencia, dejáronme, dándome por libre. Y el alguacil y el escribano piden al hombre y a la mujer sus derechos. Sobre lo cual tuvieron gran contienda y ruido, porque ellos alegaron no ser obligados a pagar, pues no había de qué ni se hacía el embargo. Los otros decían que habían dejado de ir a otro negocio que les importaba más por venir a aquél.

Finalmente, después de dadas muchas voces, al cabo carga un porquerón ¹³⁶ con el viejo alfamar de la vieja, aunque iba muy cargado. Allá van todos cinco dando voces. No sé en qué paró. Creo yo que el pecador alfamar pagara por todos. Y bien se empleaba, pues el tiempo que había de reposar y descansar de los trabajos pasados, se andaba alquilando.

Así, como he contado, me dejó mi pobre tercero amo, de acabé de conocer mi ruin dicha. Pues, señalándose todo lo que podía contra mí, hacía mis negocios tan al revés, que los amos, que suelen ser dejados de los mozos, en mí no fuese así, mas que mi amo me dejase e huyese de mí.

136 Corchete: servidor de la justicia.

TRATADO CUARTO

COMO LAZARO SE ASENTÓ CON UN FRAILE
DE LA MERCED
Y DE LO QUE LE ACAESCIO CON EL

Hube de buscar el cuarto y éste fue un fraile de la Merced, que las mijercillas que digo me encaminaron, al cual ellas le llamaban pariente. Gran enemigo del coro y de comer en el convento, perdido ¹³⁷ por andar fuera, amicísimo de negocios seglares y visitar; tanto, que pienso que rompía él más zapatos que todo el convento. Este me dio los primeros zapatos que rompí en mi vida; mas no me duraron ocho días. Ni yo pude con su trote durar más. Y por esto y por otras cosillas, que no digo, salí dél.

137 «Muerto por», «aficionado a».

TRATADO QUINTO

COMO LAZARO SE ASENTÓ CON UN BULDERO¹³⁸
Y DE LAS COSAS QUE CON EL PASO

En el quinto por mi ventura li, que fue un buldero, el más desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador dellas que jamás yo vi ni ver espero, ni pienso que nadie vió. Porque tenía y buscaba modos y maneras y muy sotiles invenciones.

En entrando en los lugares do habían de presentár la bulla, primero presentaba ¹³⁹ a los clérigos o curas algunas cosillas, no tampoco de mucho valor ni substancia: una lechuga murciana; si era por el tiempo, un par de limas o naranjas, un melocotón, un par de duraznos, cada sendas peras verdinales ¹⁴⁰. Ansí procuraba tenerlos propicios, porque favoreciesen su negocio y llamasen sus feligreses a tomar la bulla.

Ofresciéndosele a él las gracias, informábase de la suficiencia dellos. Si decían que entendían, no hablaba palabra en latín por no dar tropezón; mas aprovechábase de un gentil y bien cortado romance y desenvoltísima lengua. Y si sabía que los dichos clérigos eran de los reverendos, digo que más con dineros que con letras y con reverendas ¹⁴¹ se ordenan, hacíase entre ellos un sancto Thomás

138 «Bulero», el que publicaba y cobraba la bula de Cruzada. Se decía «echar la bula», por «dar o publicar la bula».

139 «Hacía presente», «regalaba».

140 Verdiñal, es decir, pera que, aun después de madura, tiene la piel verde.

141 Cartas dimisorias, por las que un Obispo autoriza las órdenes sagradas de un súbdito suyo. Las cartas empiezan: «Reverendo en Cristo Padre», y por eso les llamaban «reverendas».

y hablaba dos horas en latín. A lo menos. que lo parecía; aunque no lo era.

Cuando por bien no le tomaban las bullas, buscaba cómo por mal se las tomasen. Y para aquello hacía molestias al pueblo e otras veces con mañosos artificios. Y porque todos los que le veía hacer sería largo de contar, diré uno muy sutil y donoso, con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo ¹⁴² había predicado dos o tres días, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habían tomado bulla ni a mi ver tenían intención de se la tomar. Estaba dado al diablo con aquello y, pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo, para otro día de mañana despedir la bulla.

Y esa noche, después de cenar, pusiéronse a jugar la colación ¹⁴³ él y el alguacil. Y sobre el juego vinieron a reñir y a haber malas palabras. El llamó al alguacil ladrón y el otro a él falsario. Sobre esto, el señor comisario, mi señor, tomó un lanzón, que en el portal do jugaban estaba. El alguacil puso mano a su espada. que en la cinta tenía.

Al ruido y voces, que todos dimos, acuden los huéspedes y vecinos y métense en medio. Y ellos, muy enojados, procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para se matar. Mas, como la gente al gran ruido cargase y la casa estuviese llena della, viendo que no podían afrentarse ¹⁴⁴ con las armas, decíanse palabras injuriosas.

142 Región entre Toledo y Madrid, recordada hoy en varios pueblos que llevan el apellido «de la Sagra» y en la famosa Puerta de Visagra (Bab Sacra).

143 Comida después de la cena. De ordinario dulces. Villalón dice en su *Crotalón*, V: «Con confites, canelones, alcorzas y mazapanes y buen vino hicimos todos la colación».

144 «Ponerse frente a frente».

Entre las cuales el alguacil dijo a mi amo que era falsario y las bullas que predicaba, que eran falsas.

Finalmente, que los del pueblo, viendo que no bastaban a ponellos en paz, acordaron de llevar al alguacil de la posada a otra parte. Y así quedó mi amo muy enojado. Y después que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese a dormir, se fue y así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fue a la iglesia y mandó tañer a misa y al sermón para depedir la bulla. Y el pueblo se juntó; el cual andaba murmurando de las bullas, diciendo cómo eran falsas y que el mesmo alguacil, riñendo, lo había descubierto. De manera que, tras que tenían mala gana de tomalla, con aquello del todo la aborrescieron.

El señor comisario se subió al púlpito y comienza su sermón y a animar la gente a que no quedasen sin tanto bien e indulgencia como la sancta bulla traía.

Estando en lo mejor del sermón, entra por la puerta de la iglesia el alguacil y, desque hizo oración, levantóse y, con voz alta y pausada, cueradamente comenzó a decir:

«Buenos hombres, oidme una palabra, que después oiréis a quien quisiéredes. Yo vine aquí con este echacuervo¹⁴⁵ que os predica. El cual me engañó y dijo que le favoreciese en este negocio y que partiríamos la ganancia. Y agora, visto el daño que haría a mi consciencia y a vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro claramente que las bullas que predica son falsas y que no le creáis

145 El que con mentiras y embelecos engaña a los simples, según Covarrubias, en el *Tesoro de la Lengua Castellana*. Se aplicaba principalmente al predicador y bulero interesados.

ni las toméis y que yo, *directe* ni *indirecte* ¹⁴⁶, no soy parte en ellas y que desde agora dejo la vara ¹⁴⁷ y doy con ella en el suelo. Y si en algún tiempo éste fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seáis testigos cómo yo no soy con él ni le doy a ello ayuda; antes os desengaño y declaro su maldad».

Y acabó su razonamiento. Algunos hombres honrados que allí estaban se quisieron levantar y echar al alguacil fuera de la iglesia, por evitar escándalo. Mas mi amo les fue a la mano e mandó a todos que, so pena de excomunió, no le estorbasen; mas que le dejasen decir todo lo que quisiese. Y así, él también tuvo silencio mientras el alguacil dijo todo lo que he dicho.

Como calló, mi amo le preguntó si quería decir más, que lo dijese.

El alguacil dijo:

«Harto hay más de decir de vos y de vuestra falsedad; mas por agora basta».

El señor comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos y mirando al cielo, dijo así:

«Señor Dios, a quien ninguna cosa es escondida, antes todas manifiestas, y a quien nada es imposible, antes todo posible: tú sabes la verdad y cuán injustamente yo soy afrentado. En lo que a mí toca, yo le perdono, porque tú, Señor, me perdones. No mires a aquel que no sabe lo que hace ni dice; mas la injuria a ti hecha te suplico y por justicia te pido no disimules. Porque alguno que está aquí, que por ventura pensó tomar aquesta sancta bulla, dando

146 Latín: «directa ni indirectamente».

147 Signo de autoridad.

crédito a las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y, pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico yo, Señor, no lo disimules; mas luego muestra aquí milagro y sea desta manera: que si es verdad lo que aquél dice y que yo traigo maldad y falsedad, este púlpito se hunda conmigo y meta siete estados¹⁴⁸ debajo de tierra, do él ni yo jamás parezcamos; y si es verdad lo que yo digo y aquél, persuadido del demonio, por quitar e privar a los que están presentes de tan gran bien, dice maldad, también sea castigado y de todos conocida su malicia».

Apenas había acabado su oración el devoto señor mío, cuando el negro alguacil cae de su estado y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar, y comenzó a bramar y echar espumajos por la boca y torcella, y hacer visajes con el gesto, dando de pie y de mano, revolviéndose por aquel suelo a una parte y a otra.

El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oían unos a otros. Algunos estaban espantados y temerosos.

Unos decían: «El Señor le socorra y valga». Otros: «Bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio».

Finalmente, algunos que allí estaban, y a mi parecer no sin harto temor, se llegaron y le trabaron de los brazos, con los cuales daba fuertes puñadas a los que cerca dél estaban. Otros le tiraban por las piernas y tuvieron reziamente, porque no había mula falsa en el mundo que tan rezias coces tirase. Y así le tuvieron un gran rato. Por-

¹⁴⁸ Medida de siete pies, para honduras. En el *Quijote*, II, 25, se lee: «A obra de doce o catorce estados en la profundidad de esta mazmorra».

que más de quince hombres estaban sobre él y a todos daba las manos llenas y, si se descuidaban, en los hocicos.

A todo esto, el señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, transportado en la divina esencia, que el planto ¹⁴⁹ y ruido e voces que en la iglesia había, no eran parte para ¹⁵⁰ apartalle de su divina contemplación.

Aquellos buenos hombres llegaron a él y dando voces le despertaron y le suplicaron quisiese socorrer a aquel pobre, que estaba muriendo, y que no mirase a las cosas pasadas ni a sus dichos malos, pues ya dellos tenía el pago: mas si en algo podía aprovechar para librarle del peligro y pasión que padecía, por amor de Dios lo hiciese, pues ellos veían clara la culpa del culpado y la verdad y bondad suya, pues a su petición y venganza el Señor no alargó el castigo.

El señor comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró y miró al delincuente y a todos los que alderredor estaban y muy pausadamente les dijo:

«Buenos hombres, vosotros nunca habíades de rogar por un hombre en quien Dios tan señaladamente se ha señalado; mas, pues él nos manda que no volvamos mal por mal y perdonemos las injurias, con confianza podremos suplicarle que cumpla lo que nos manda y su Magestad perdone a éste, que le ofendió poniendo en su sancta fe obstáculo. Vamos todos a suplicalle».

Y así, bajó del púlpito y encomendó a que muy devotamente suplicasen a nuestro Señor tuviese por bien de

149 Latinismo: «llanto».

150 «No eran bastante para».

perdonar a aquel pecador y volverle en su salud y sano juicio y lanzar dél el demonio, si su Magestad había permitido que por su gran pecado en él entrase.

Todos se hincaron de rodillas y delante del altar, con los clérigos, comenzaban a cantar con voz baja una letanía. Y viniendo él con la cruz y agua bendita, después de haber sobre él cantado, el señor mi amo, puestas las manos al cielo y los ojos que casi nada se le parecía sino a un poco de blanco, comienza una oración no menos larga que devota, con la que hizo llorar a toda la gente, como suelen hacer en los sermones de Pasión, de predicador y auditorio devoto, suplicando a nuestro Señor, pues no quería la muerte del pecador, sino su vida y arrepentimiento, que aquel encaminado por el demonio y persuadido, de la muerte y pecado le quisiese perdonar y dar vida y salud, para que se arrepintiese y confesase sus pecados.

Y esto hecho, mandó traer la bulla y púsosela en la cabeza. Y luego el pecador del alguacil comenzó poco a poco a estar mejor y tornar en sí. Y desde que fue bien vuelto en su acuerdo, echóse a los pies del señor comisario y demandóle perdón y confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del demonio, lo uno por hacer a él daño y vengarse del enojo; lo otro y más principal, porque el demonio recibía mucha pena del bien que allí se hiciera en tomar la bulla.

El señor mi amo le perdonó y fueron hechas las amistades entre ellos. Y a tomar la bulla hubo tanta prisa, que casi ánima viviente en el lugar no quedó sin ella: marido y mujer, e hijos e hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaescido por los lugares comarcanos y, cuando a ellos llegábamos, no era menester sermón ni ir a la iglesia, que a la posada la venían a tomar, como si fueran peras que se dieran de valde. De manera que, en diez o doce lugares de aquellos alderredores donde fuimos, echó el señor mi amo otras tantas mil bullas sin predicar sermón.

Cuando él hizo el ensayo, confieso mi pecado que también fui dello espantado y creí que así era, como otros muchos; mas con ver después la risa y burla, que mi amo y el alguacil llevaban y hacían del negocio, conocí cómo había sido industriado por el industrioso e inventivo de mi amo ^{150 bis}.

Y, aunque mochacho, cayóme mucho en gracia y dije entre mí:

«¡Cuántas déstas deben hacer estos burladores entre la inocente gente!»

Finalmente, estuve con este mi quinto amo cerca de cuatro meses, en los cuales pasé también hartas fatigas.

150 bis La edición (C.) interpola otro pasaje que no reproducimos.



Desde que me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo que se tomase su asno... (Pág. 98.)

TRATADO SEXTO

COMO LAZARO SE ASENTÓ CON UN CAPELLÁN
Y DE LO QUE CON EL PASO

Después desto, asenté con un maestro de pintar panderos, para molelle los colores, y también sufrí mis males.

Siendo ya en este tiempo mozuelo, entrando un día en la iglesia mayor, un capellán della me rescibió por suyo. Y púsome en poder un asno y cuatro cántaros y un azote y comencé a echar agua por la cibdad. Este fue el primer escalón que yo subí para venir a alcanzar buena vida, porque mi boca era medida. Daba cada día a mi amo treinta maravedís ganados y los sábados ganaba para mí, y todo lo demás, entre semana, de treinta maravedís.

Fueme tan bien en el oficio, que al cabo de cuatro años que lo usé, con poner en la ganancia buen recaudo, ahorré para me vestir muy honradamente de la ropa vieja. De la cual compré un jubón de fustán viejo y un sayo raydo de manga trenzada ¹⁵¹ y puerta y una capa, que había sido frisada ¹⁵², y una espada de las viejas primeras de Cuéllar ¹⁵³. Desde que me vi en hábito de hombre de bien, dije a mi amo se tomase su asno. que no quería más seguir aquel oficio.

151 «Trenzada». Sayo: «Casaca hueca, larga y sin botones».

152 «Frisada». Tejido de seda, cuyo pelo se frisaba formando borlillas. «Frisar», levantar y retorcer los pelillos de un tejido.

153 Cuéllar, espadero. No lo cita Leguina.

T R A T A D O S E P T I M O

COMO LAZARO SE ASENTÓ CON UN ALGUACIL
Y DE LO QUE LE ACAESCIO CON EL

Despedido del capellán, asenté por hombre de justicia con un alguacil. Mas muy poco viví con él, por parecerme oficio peligroso. Mayormente, que una noche nos corrieron a mí y a mi amo a pedradas y a palos unos retraídos ¹⁵⁴. Y a mi amo, que esperó, trataron mal; mas a mí no me alcanzaron. Con esto renegué del trato.

Y pensando en qué modo de vivir haría mi asiento, por tener descanso y ganar algo para la vejez, quiso Dios alumbrarme y ponerme en camino y manera provechosa. Y con favor que tuve de amigos y señores, todos mis trabajos y fatigas hasta entonces pasados fueron pagados con alcanzar lo que procuré. Que fue un oficio real, viendo que no hay nadie que medre sino lo que le tienen.

En el cual el día de hoy vivo y resido a servicio de Dios y de vuestra merced. Y es que tengo cargo de pregonar los vinos, que en esta ciudad se venden, y en almonedas y cosas perdidas, acompañar los que padecen persecuciones por justicia y declarar a voces sus delictos: pregonero, hablando en buen romance ¹⁵⁵.

Hame sucedido tan bien, yo le he usado tan fácilmente, que casi todas las cosas al oficio tocantes pasan por mi mano. Tanto, que en toda la ciudad el que ha de echar vino

154 Huidos, acogidos al asilo de alguna iglesia.

155 En la edición (C.) se interpola un breve pasaje, relacionado con el añadido a que se refiere la nota 46 bis.

a vender, o algo, si Lázaro de Tormes no entiende en ello, hacen cuenta de no sacar provecho.

En este tiempo, viendo mi habilidad y buen vivir, teniendo noticia de mi persona el señor arcipreste de Sant Salvador, mi señor y servidor y amigo de vuestra merced, porque le pregonaba sus vinos, procuró casarme con una criada suya. Y visto por mí que de tal persona no podía venir sino bien y favor, acordé de lo hacer. Y así me casé con ella y hasta agora no estoy arrepentido.

Porque, allende de ser buena hija y diligente, servicial, tengo en mi señor arcipreste todo favor y ayuda. Y siempre en el año le da en veces al pie de una carga de trigo; por las Pascuas su carne y cuándo el par de los bodigos, las calzas viejas que deja. E hízonos alquilar una casilla par de la suya. Los domingos y fiestas casi todas las comíamos en su casa.

Mas malas lenguas, que nunca faltaron ni faltarán, no nos dejan vivir, diciendo no sé qué y sí sé qué, de que veen a mi mujer irle a hacer la cama y guisalle de comer. Y mejor les ayude Dios, que ellos dicen la verdad ¹⁵⁶.

Porque, allende de no ser ella mujer que se pague destas burlas, mi señor me ha prometido lo que pienso cumplirá; que él me habló un día muy largo delante della y me dijo:

«Lázaro de Tormes, quien ha de mirar a dichos de malas lenguas, nunca medrará. Digo esto, porque no me maravillaría alguno, viendo entrar en mi casa a tu mujer y salir della... Ella entra muy a tu honra y suya. Y esto te

156 La edición (C.) interpola otro breve pasaje, relacionado con el añadido a que se refiere la nota 46 bis.

lo prometo. Por tanto, no mires a lo que puedan decir, sino a lo que te toca, digo a tu provecho.

«Señor, le dije, yo determiné de arrimarme a los buenos. Verdad es que algunos de mis amigos me han dicho algo deso y aun por más de tres veces me han certificado que, antes que conmigo casase, había parido tres veces, hablando con reverencia de V. M., porque está ella delante».

Entonces mi mujer echó juramentos sobre sí, que yo pensé que la casa se hundiera con nosotros. Y después tomóse a llorar y a echar maldiciones sobre quien conmigo la había casado; en tal manera que quisiera ser muerto, antes que se me hobiera soltado aquella palabra de la boca. Mas yo de un cabo y mi señor de otro, tanto le dijimos y otorgamos, que cesó su llanto, con juramento que le hice de nunca más en mi vida mentalle nada de aquello y que yo holgaba y había por bien de que ella entrase y saliese, de noche y de día, pues estaba bien seguro de su bondad. Y así quedamos todos tres bien conformes.

Hasta el día de hoy nunca nadie nos oyó sobre el caso; antes, cuando alguno siento que quiere decir algo della, le atajo y le digo:

«Mirá, si sois amigo, no me digáis cosa con que me pese, que no tengo por amigo al que me hace pesar. Mayormente, si me quiere meter mal con mi mujer, que es la cosa del mundo que yo más quiero y la amo más que a mí. Y me hace Dios con ella mil mercedes y más bien que yo merezco. Que yo juraré sobre la hostia consagrada que es tan buena mujer como vive dentro de las puertas de Toledo. Quien otra cosa dijere, yo me mataré con él».

Desta manera no me dicen nada e yo tengo paz em mi casa.

Esto fue el mesmo año que nuestro victorioso emperador en esta insigne ciudad de Toledo entró y tuvo en ellas Cortes ¹⁵⁷ y se hicieron grandes regocijos, como vuestra merced habrá oído.

Pues en este tiempo estaba en mi prosperidad y en la cumbre de toda buena fortuna ¹⁵⁸.

¹⁵⁷ Año 1538.

¹⁵⁸ La edición (C.) añade esta frase final: «De lo que de aquí adelante me suscediere avisaré a Vuestra Merced», que parece indicar en el autor la intención de continuar la obra. Acaso estas interpolaciones se deban al mismo que publicó la primera continuación del *Lazarillo*.





A P E N D I C E

*Pasaje interpolado por la edición de Alcalá, 1554 (C.),
a que se refiere la nota 46 bis*

A lo cual yo no respondí. Yendo que íbamos así por debajo de unos soportales, en Escalona, adonde a la sazón estábamos, en casa de un zapatero había muchas sogas y otras cosas, que de esparto se hacen y parte dellas dieron a mi amo en la cabeza. El cual, alzando la mano tocó en ellas e viendo lo que era díjome:

«Anda presto, mochacho; salgamos d'entre tan mal majar, que ahoga sin comerlo».

Yo, que bien descuidado iba d'aquello, miré lo que era y, como no vi sino sogas y cinchas, que no era cosa de comer, díjele:

«Tío, ¿por qué decís eso?»

Respondióme:

«Calla, sobrino; según las mañas que llevas, lo sabrás y verás cómo digo verdad».

Y así pasamos adelante por el mismo portal y llegamos a un mesón, a la puerta del cual había muchos cuernos en la pared, donde ataban los recueros sus bestias, y como iba tentando si era allí el mesón, adonde él rezaba cada día por la mesonera la oración de la emparedada, asió de un cuerno, y con un gran suspiro dijo:

«¡O, mala cosa, peor que tienes la hechura! ¡De cuántos eres deseado poner tu nombre sobre cabeza agena y de cuán pocos tenerte ni aun oír tu nombre, por ninguna vía!»

Como le oí lo que decía, dije:

«Tío, ¿qué es esto que decís?»

«Calla, sobrino, que algún día te dará éste, que en la mano tengo, alguna mala comida y cena».

«No le comeré yo, dije, y no me la dará».

«Yo te digo verdad, si no, verlo has, si vives».

Y así pasamos adelante hasta la puerta del mesón, adonde pluguiere a Dios nunca allá llegáramos, según lo que me sucedía en él.

Era todo lo más que rezaba por mesoneras, y por bodegoneras y turroneiras y ramerías y así por semejantes mujercillas; que por hombre casi nunca le vi decir oración.





JUICIOS SOBRE LA VIDA DE LAZARILLO DE TORMES

Don Diego Hurtado de Mendoza, joven, rico, de ilustre familia y con feliz ingenio, no sería en la Universidad el hombre severo que luego se vio en el teatro del mundo: y en un rato de buen humor dio principio a su reputación literaria con una obra cuya fama cundió en breve por toda España, traspasando los montes y los mares, a tal punto que *El Lazarillo de Tormes* no tardó en traducirse a las principales lenguas de Europa. Pocas son las páginas que contiene este libro; pero están sembradas de sales y donaires, ofrecen descripciones llenas de viveza y verdad, y brillan por la exacta pintura de los caracteres, hecha del modo más picante y ameno.

(Antonio Gil de Zárate, *Manual de Literatura*,
Madrid, 1842-44; cito por la octava edición,
París, Garnier, 1874, pág. 644.)

El Lazarillo es una obra de mucho ingenio y no parecida a ninguna otra anterior.. Al pintar el carácter de un criado listo y travieso cual ninguno, a quien la verdad y la honradez son de todo punto desconocidas, y para quien todos los medios son iguales con tal de que logre sus fines, el autor se propuso sin duda reprender los vicios de la sociedad, cuyas varias clases pasa Lázaro en revista, viéndolas en su interior y descubriendo hasta sus más ocultos defectos y flaquezas.

La obra está escrita en estilo robusto, abundante y castizo que nos recuerda el de *La Celestina*; trozos hay de mucho vigor

y efecto, que no tienen igual en otra fábula en prosa; y tan libres, que dos de ellos, como el del fraile mercenario y el del buldero, cayeron luego bajo la jurisdicción de la Iglesia, y se mandaron borrar con su autoridad de todas las ediciones hechas en España. La obra tiene poca extensión; pero su tono fácil, al par que festivo; la pintura fiel de las costumbres españolas de aquel tiempo, y el contraste que forman el buen humor, la osadía y descaro de Lázaro con la rigidez y seriedad del antiguo carácter castellano, la hicieron muy popular en su tiempo.

(G. M. Ticknor, *Historia de la Literatura española*, traducción de Pascual de Gayangos y de Enrique de Vedia, Madrid, 1851, tomo II, págs. 65-66. El original inglés apareció en 1849.)

El verdadero padre de los libros picarescos fue el *Lazarillo de Tormes*, sazonado cuento de la juvenil inventiva de uno de los alegres estudiantes de Salamanca, de aquella Universidad en el siglo XVI una de las primeras del mundo, por fama en la enseñanza y por concurrencia de alumnos. Cualquiera que lo escribiese de los dos escritores a quien se atribuye, tuvo que hacerlo en los primeros tiempos del reinado de Carlos V...

Está escrita con estilo festivo, ligereza y gracia, como corresponde a este género de libros, sin que lo afee ninguna especie de pretensión erudita...

Bajo la corteza de tan humilde sujeto, brillan en él miras elevadas, y se critican los abusos con una fina ironía, con que, fuerza es decirlo, el autor, dejándose llevar a veces de su buen humor y de su irreflexión juvenil, se propasó más allá de lo que en aquellos tiempos parecía prudente.

(E. Fernández de Navarrete, *Bosquejo histórico sobre la novela española*, en el vol. XXXIII de la «Biblioteca de Autores españoles», de Rivadeneyra, Madrid, 1854, págs. LVII y LVIII.)

Puede considerarse este libro como un retrato muy fiel de la época en que coloca la acción... Las exageraciones que puede haber en la descripción de las costumbres son moderadas y graciosas. No hay el menor resabio de pedantería, que fuera de su lugar es insoportable...

El *Lazarillo* adquirió desde luego tanta popularidad, que alguna de sus gracias se refundieron en proverbios, y hasta el nombre propio de su héroe pasó por antonomasia a ser apelativo para significar al muchacho que ejerce el oficio de acompañar a un ciego. Los más nombrados escritores se aprovecharon de sus pasajes aludiendo a ellos oportunamente. Cervantes, en los versos cortados que preceden al *Quijote*, dice:

No se me escapó ceba-
que esto saqué a Lazari-
cuando por burlar el vi-
al ciego le di la pa-

refiriéndose a la burla que se relata en el tratado primero. Shakespeare aludió también a la venganza que Lazarillo tomó de su primer amo, cuando dice: «¡Oh!, vos dais palo de ciego. Vuestro lazarrillo os hurtó la comida, y vos dais en el poste.»

(B. C. Aribau, *Discurso preliminar sobre la primitiva novela española*, en el tomo III de la «Biblioteca de Autores españoles», de Rivadeneyra, Madrid, 1858, página XXII.)

Galería de caricaturas trazadas con singular gracia y despejo, cuadro acabado de costumbres truhanescas, espejo y luz de lengua castellana, fácil, rápida y nerviosa, es el *Lazarillo de Tormes*, príncipe y cabeza de la novela picaresca entre nosotros. No hay español que, oyendo su título, no traiga gustoso a la memoria aquellas escenas de crudo y desgarrado realismo: las tretas de Lazarillo para gustar la longaniza; el ciego que se estrella contra el poste; el clérigo que esconde los bodigos en el arca; el famélico escudero de Toledo, y los amaños y tramposerías del vendedor de bulas.

Este último pasaje en que, con los ensanches que da la libertad satírica, se ponía de manifiesto una de las llagas sociales que d'eron armas y pretexto a la Reforma, de la cual tan amargamente se lamentan nuestras Constituciones sinodales de aquel entonces, fue mandado borrar por la Inquisición, que registró el libro en su *Índice*, hasta que Juan López de Velasco lo tornó a imprimir, corregido, con las obras de Castillejo.

Del autor primitivo nada se sabe. Antigua tradición atribuye la novela a don Diego Hurtado de Mendoza. Otros, quizá mejor informados, y a su frente el P. Sigüenza, creen autor de ella a fray Juan de Ortega, monje jerónimo.

(M. Menéndez Pelayo, *Historia de los Heterodoxos españoles*, Madrid, 1880, vol. II, págs. 518-519.)





TEMAS DE TRABAJO ESCOLAR

¿Quién era Lázaro de Tormes? ¿Conoce algún otro tipo literario semejante en nuestra literatura?

¿Cómo vivió sus primeros años? ¿Qué género de vida refleja?

¿Por qué se caracteriza su vida con el ciego?

¿Qué caminos y pueblos recorre?

¿Qué adversidades le acontecen?

¿A qué personajes sirve? ¿Qué característica común une a los diferentes amos de Lázaro?

¿Qué costumbres refleja el *Lazarillo*?

¿Hacia cuál de sus amos muestra Lázaro más simpatía?

¿Tiene Lázaro en su vida de adversidades alguna fortuna?

¿Qué elementos entran en la composición de esta novela?

¿Qué elementos satíricos se pueden notar en el *Lazarillo*?

¿Qué ideología informa la obra?

¿Refleja exactamente la realidad española o la deforma convirtiendo los tipos en caricaturas?

¿Qué tipos son realistas y cuáles pueden parecer caricatura?

¿Cuál es el personaje de la novela que más le ha impresionado?

La mujer en el *Lazarillo*.

¿Están igualmente logrados los diferentes episodios que integran la novela?

I N D I C E

	<i>Págs.</i>
España entre 1550 y 1560 . . .	6
Prólogo.	9
Bibliografía	21
<i>La vida de Lazarillo de Tormes</i> .	22
Juicios sobre la <i>Vida de Lazarillo</i> <i>de Tormes</i>	105
Temas de trabajo escolar	109

59.	L. de Rueda y Cervantes	Pasos y Entremeses	Teatro
60.	L. Quiñones	Entremeses	Teatro
61.	Lope de Vega	La dama boba	Teatro
62.	Anónimo	Amadis de Gaula	Prosa
63.	F. de Rojas	Entre bobos anda el juego	Teatro
64.	Tirso de Molina	La prudencia en la mujer	Teatro
65.	Tirso de Molina	El vergonzoso en palacio	Teatro
66.	Calderón de la Barca	La devoción de la cruz	Teatro
67.	Fray Luis de León	De los nombres de Cristo	Prosa
68.	San Juan de la Cruz	Poesías completas y otras páginas	P. y V.
69.	Fray Luis de Granada	Introducción del símbolo de la fe	Prosa
70.	Rubén Darío	Poesía	Verso
71.	Duque de Rivas	Romances históricos	Verso
72.	Larra, Mesonero, Estébanez C.	Escritores costumbristas	Prosa
73.	J. R. de Alarcón	Los pechos privilegiados	Teatro
74.	Vélez de Guevara	La Luna de la Sierra	Teatro
75.	García de la Huerta	Raquel	Verso
76-77.	Varios (tomo doble)	Antol. poesía religiosa española	Verso
78.	Calderón de la Barca	El príncipe constante	Teatro
79.	J. de Montemayor	La Diana	P. y V.
80.	Baltasar Gracián	El Criticón	Prosa
81.	V. M. Espinel	El escudero Marcos de Obregón	Prosa
82.	F. de Quevedo	Poesía	Verso
83.	Calderón de la Barca	La dama duende	Teatro
84.	Lope de Vega	Fuenteovejuna	Teatro
85.	Leandro F. de Moratín	La comedia nueva	Teatro
86.	J. Ruiz de Alarcón	El médico a palos	Teatro
87.	Calderón de la Barca	Las paredes oyen	Teatro
88.	Ercilla, Balbuena y Hojeda	El mágico prodigioso	Teatro
89-90.	F. de Rojas (tomo doble)	Poesía Epica de la Edad de Oro	Verso
91.	Lope de Vega	La Celestina	Prosa
92.	Tirso de Molina	El Cardenal de Belén	Teatro
93.	E. Gil Carrasco (tomo doble)	Don Gil de las Calzas Verdes	Teatro
94.	R. de Campoamor	El señor de Bembibre	Prosa
95-96.	Varios (tomo doble)	Poesías	Verso
97-98.	C. de la Barca (tomo doble)	Antología de poesía contemp. I. ...	Verso
99.	Lope de Vega	Autos Sacramentales. II.	Teatro
100.	En preparación	El villano en su rincón	Teatro
101.	Lope de Vega	La Gatomaquia	Verso
102.	Lope de Vega	La buena guarda	Teatro
103.	Lope de Vega	La Dorotea	Teatro
104.	Meléndez Valdés	Poesía	Verso
105.	J. Zorrilla	El zapatero y el rey	Teatro
106.	Calderón de la Barca	A secreto agravio, secreta venganza	Teatro
107.	Lope de Vega	El castigo sin venganza	Teatro
108.	Duque de Rivas	Don Alvaro o la fuerza del sino	Teatro
109.	Tirso de Molina	El burlador de Sevilla	Teatro
110.	Mira de Amescua	Galán, valiente y discreto	Teatro
111.	Fray Antonio de Guevara	Menosprecio de corte	Teatro
112.	Fray Antonio de Guevara	Epístolas familiares	Prosa
113.	Varios. (Especial)	Antología de la poesía mejicana	Verso
114.	J. Hartzenbusch	La Jura en Santa Gadea	Teatro
115.	Zorrilla	Traidor, Inconfeso y Martir	Teatro
116.	Anónimo	Cantares de Gesta	Verso
117.	Lope de Vega	La Estrella de Sevilla	Teatro
118.	Lope de Vega	La Creación del Mundo	P. y V.

y otros muchos en preparación.

Solicite folleto detallado.

Serie PROSA

— IX —



EDITORIAL EBRO, S. L.

Capitán Esponera, núm. 18

ZARAGOZA

(ESPAÑA)

P9-DIS-466